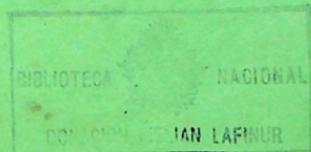


97.9

# LOS JESUITAS

por

MICHAEL Y QUINET.



52208

**MONTEVIDEO.**

---

IMPRENTA DE "EL PUEBLO."

**1861.**

SATURDAY 20.1

200000

PRINTING & PUBLISHING

200000

PRINTING

PRINTING & PUBLISHING

1981



## INTRODUCCION.

81.426 52.408

No creemos que pueda atribuirse á nadie en particular la emocion causada por una simple discussión filosofica: tal impresion ha sido solo viva por que con una situación nueva de los espíritus, ha manifestado un peligro que sin ese antecedente hubiese sido increible. ¿Quién no ve que estos debates están destinados á aumentarse en lo sucesivo? Ellos saldrán del círculo de las escuelas, y entrará en el mundo político: no puede desde luego ser inútil cuánto tienda á dar á conocer desde su origen su verdadero carácter.

Para que yo me haya decidido á entrar en esta discusión han sido necesarias dos cosas: la primera, el haber sido provocado á ella reiteradas veces: y la segunda la convicción en que me encontraba, de que el punto cuestionado era, bajo las apariencias de Universidad, el derecho del pensamiento, la libertad religiosa y filosófica, es decir el principio mismo de la ciencia y de la sociedad moderna.

Después de haberse valido de la violencia hasta donde han podido, se presentan hoy los adversarios del pensamiento vestidos con el traje de mártires, rogando públicamente en las iglesias por los jesuitas perseguidos: es esta una máscara que no podemos resolvernos á dejarles. ¡Que no hayan de contentarse con calumniar!... Por lo que á mi toca jamás

había pensado turbar su paz; pero esto no les ha bastado: querían el combate, y hoy que lo han obtenido, se quejan de haber salido heridos. Hemos tenido ocasión de ver durante algunos días á los miembros de la moderna liga al pie de nuestras cátedras, gritar, silvar, vociferar, y lo peor de todo es, que esto pasaba en nombre de la libertad, y que invocando la mayor ventaja de la independencia de opiniones, se comenzaba por sofocar el examen de estos.

Yba haciendo poco á poco de la enseñanza y de la ciencia una plaza bloqueada: hemos esperado á que llevase á cabo su plan de ataque, para que se llegue á comprender bien que era ya necesario el reprimirlo. Así es que el día en que hemos comenzado la lucha, lo hemos hecho decididos á aceptarla bajo cualquiera forma en que pudiese presentarse.

Una cosa ha hecho que semejante tarca no haya sido fácil, y es la convicción de que ella nada tenía de personal. Hacia en efecto mucho tiempo que se veían las creencias sinceras explotadas por un fanatismo artificial; la libertad religiosa denunciada como un «dogma impio», el protestantismo acosado por innumerables ultrajes; los pastores de la Alsacia obligados á apaciguar por medio de una declaración colectiva, á sus poblaciones exasperadas ya por tantas provocaciones salvajes; un increíble ar-

resto obtenido por sorpresa que privaba de mas de la mitad de las iglesias de campaña á sus legítimos poseedores; un sacerdote que con ayuda de sus feligreses arroja al viento las cenizas de los Reformados, quedando este sacerdote insólitamente impune; el busto de Lutero, arrancado de una ciudad Iuterana; la guerra latente organizada en esa sabia provincia, y la tribuna que guarda silencio á vista de tan extraños procederes. Tiempo hacia ya tambien que los Jesuitas habian reaparcido con la revolucion en doble numero que bajo la restauracion, y junto con los Jesuitas las maximas de ese cuerpo, las indecibles infamias que ni el mismo Pascal se habria atrevido á señalar para combatirlas, y que se revindican sin embargo como el parto de todos los seminarios de todos los confesores de Francia. Los obispos uno despues de otro se rebelan contra la autoridad que los elige; y apesar de tantas traiciones, queda aun espedito el camino para otras nuevas; el bajo clero que sumido en una absoluta servidumbre, representa un nuevo proletariado, comienza á disgustarse hasta levantar el grito; y quien creeria que en medio de este cúmulo de cosas, cuando solo deberia pensarse en la defensa, habria de declararse un ardor enfermizo de provocacion, una fiebre de calumnia que se quiere santificar con la cruz? Tal era, señores, la situacion general.

Estaba por otra parte bien preparado el terreno: se minaba, hacia años, la sociedad de alto á bajo, en los talleres y en las escuelas, por el corazon y por la cabeza. La opinion parecia quererse rendir: acostumbrada siempre á retroceder, ¿porqué no daria de una vez un último paso hacia atrás? Desde la primer palabra, el Jesuitismo se habia encontrado naturalmente de acuerdo con el Carlismo, poseyendo igual espíritu de ardor y de enmascarada decrepitud. Lo que llama San

Simon «espuma de nobleza» no habia podido tampoco dejar de mezclarse con ese amalgame. En cuanto á una parte del estado llano (1,) ocupada en fomentar un falso resto de aristocracia, se hallaba dispuesta á mirar como una señal de buen gusto la imitacion de la caducidad religiosa, literaria y social.

Con semejante arreglo, el momento parecia á propósito para sorprender á los que se creia dormidos. Todos estaban de acuerdo en creer que despues de tantas declamaciones seria un golpe maestro el destruir la palabra y la enseñanza en el Colegio de Francia: y lo que asi se hubiese conseguido por un golpe de mano, se habria hecho aparecer como el resultado de la opinion que se sublevaba: valia, pnes, la pena de salir de las catacumbas y mostrarse públicamente. Y asi lo hicieron en efecto, mas fué para arrepentirse en seguida; porque si eran violentos sus proyectos, nosotros nos apercibimos de la importancia del momento, y contabamos para resistir, no con la fuerza de nuestra palabra, sino con la firme voluntad de no ceder en un ápice, y con la ilustrada conciencia <sup>de</sup> nuestro auditorio. Asi es que todo lo que el freresí, sincero o estudiado, ha podido conseguir, ha sido el ocultar por algunos momentos nuestra voz, para dar al sentimiento público ocasion de estallar: despues de lo cual se han retirado estos nuevos misioneros de la libertad religiosa con la rabia en el corazon, y avergonzados de haberse revelado á la luz, y prontos á renegar, á desdecirse, como efectivamente lo han hecho al dia siguiente.

Esta derrota es debida toda ella al poder de la opinion, al de la prensa, á la lealtad de la nueva generacion que no puede comprender las cosas cuando las ve rodeadas de tales artificios. Que se reproduzcan en hora buena

las mismas locuras, nosotros volveremos á encontrar mañana el mismo apoyo. Pero ya la cuestión bajo ciertos respectos no nos pertenece, y lo único que debemos averiguar, es lo que pretende hacer el poder político acerca de ella. Comodo le sería situarse en medio de los dos campos; atacar el ultramontanismo con una mano, y lisonjearlo con la otra; pero esta posición es peligrosa, y al fin será necesario pronunciarse. No seré yo por cierto quien niegue la fuerza del Jesuitismo y de los intereses que le son anexos: creo por el contrario, que esta tendencia no ha hecho sino comenzar, y que sordamente gana en medio de las tinieblas lo que pierde á la claridad de la luz. No es, pnes, difícil asociarse á ella, y tratar de apoyar, cuando mas no sea, un pié del trono en ese terreno. Si por acaso la coalición fuese sincera, sería también poderosa. Pero es indudable que convendría el declararla, porque si no, podría suceder que al fin, por premio de tanta habilidad y sigilo solo llegasen á atraerse contra si la animadversión de los ultramontanos y de los que los combaten.

Es muy raro, que cuestiones de esta naturaleza hayan podido sorprender á la sociedad sin que nadie haya sido amonestado por la tribuna. Esto era bajo la restauración un lugao desde donde se percibía á la distancia las señales de tempestad. Desde ella se premunía á los pueblos contra los peligros que los amenazaban, mucho antes que llegasen á hacerse inminentes. ¿Por qué ha perdido la tribuna este privilegio? Mucho temo, Señores, que esos cuatrocientos hombres de Estado traten de ocultarse unos á otros el país que habitan.

Esto es mas serio de lo que generalmente se cree. Es asunto de un trono y una dinastía. Bien sé que hay hombres que afectando indiferencia repiten diariamente estos concep-

tos: "No hay Jesuitas. ¿Dónde están los Jesuitas?" Pero lo que hacen disimulando así la cuestión, es probar que conocen toda su importancia mejor que nadie.

La reacción religiosa que se quisiese hacer recaer en beneficio de una secta no carece de razón en la misma sociedad. ¿Dónde hallaremos un hombre que no esté cansado de los intereses y de las esperanzas políticas? Al ver de doce años aca los que se llaman jefes de partido consagraron todo su talento en disfrazar mutuamente sus máscaras en público, ¿quien es aquel que aun cuando mas no sea por un momento, no haya cobrado aversión á esta corrupción degenerada en rutina, y dirigido su espíritu hacia aquel solo que no engaña, que no defrauda, que no miente? Tal disposición religiosa es inevitable. Ella será también saludable y fecunda. Por desgracia todo el mundo se apresura ya a especular sobre esa reacción y ni falta tampoco quien se avance á decir que ese Dios restaurado será un excelente «instrumento» para el poder actual. Qué suerte na sería entonces para mas de un hombre de Estado el que esta Francia, imponente guerrera, revolucionaria, filosófica, al fin cansada de todo y hasta de ella misma, y exhausta ya de fervor político, consintiese en ponerse de rodillas á rezar su rosario al lado de la Italia y de la España....

Atacais, se nos dice, el Jesuitismo por medida de prudencia: ¿por qué es que los separais del resto del clero? No: yo no separo si no lo que quiere ser separado. Lo que hago es exponer las máximas de la Orden que resume las combinaciones de la religión política. Así es que aquellos que sin llevar el nombre de la orden, se conducen por sus máximas, deberán atribuirse fácilmente en mis palabras la parte que les corresponde: y por lo que hace á los otros, se les ofrece ahora la

ocasion de renegar de los ambiciosos, atraer los descarriados, y condonar á los caluniadores.

Es al fin ya tiempo de saber si el espíritu de la Revolución Francesa no es mas que una palabra vulgar de que es preciso burlarse pública y oficialmente. ¿Y que pretende el Catolicismo al colocarse bajo las banderas del Jesuitismo? ¿quiere volver á comenzar una guerra que ya le ha sido funesta? ¿Quiére, en fin, ser el amigo, ó el enemigo de la Francia?

Lo mas funesto para él seria el obstinarse en mostrar que su profesion de fe es no solo diferente, sino enemiga de la profesion de fe del Estado. En sus instituciones fundadas sobre la igualdad de los cultos existentes, la Francia profesa, enseña la unidad del Cristianismo bajo la diversidad de las iglesias particulares. He ahí su confesion tal como se halla escrita en la ley soberana; todos los franceses pertenecen legalmente á una misma iglesia bajo nombres diversos; no hay ya de aquí en adelante mas cismáticos y heréticos. Si la ley ha cambiado la religion del Estado, no ha sido por un mero capricho: la Francia no podia adoptar para que la representase, el ultramontanismo que por su principio de exclusien, es diametralmente opuesto al dogma social y á la comunidad de religiones, preceptos inscritos en la constitucion no solo como el resultado de la Revolucion, sino tambien de toda la historia moderna. De lo dicho se deduce, que para que las cosas marchen de otra suerte, es preciso, ó bien que la Francia renuncie á su comunión politica y social, ó que el catolicismo venga á ser verdaderamente universal.

Los que entrevén las cosas de mas lejos, preciso es confessar que se hallan animados de una singular esperanza: al observar el trabajo que se efectúa en los cultos disidentes, y las

agitaciones intestinas de las iglesias anglicanas y griega y del protestantismo alemán, se imaginan que la Inglaterra, la Prusia, la Alemania y la misma Rusia, van cediendo en secreto é inclinándose de su lado, y que llegará el dia en que cerrando los ojos, pasarán al catolicismo, tal como ellos lo entienden. Este es un modo obscuro de considerar este asunto porque el cisma no es una fantasia de noventa millones de hombres, que pueda cesar por una nueva fantasia ortodoxa. Si el protestantismo se acomodase bajo ciertos respectos á la doctrina católica, ¿puede persuadirse nadie que lo hiciese simplemente sin mas que renunciar á sus pretensiones y alistarse á las otras, sin condiciones reciprocas? Es cierto que se asimila diversas partes de la tradicion universal; pero por medio de este trabajo de conciliacion, hace precisamente lo contrario de aquellos que entre nosotros solo se ocupan de excluir. Aquellos se agrandan á medida que los nuestros se achican, y si algún dia llegase á efectuarse la conversion, quizás nuestros ultramontanos se encontrarán mas embarrados con los convertidos de lo que hoy lo estan con los cismáticos.

Sí: piden la libertad para sofocar la libertad. Yo no me opongo á que les concedáis esa arma, porque sé que en sus manos no tardará en volverse contra ellos. Allanadles si quereis, todas las barreras: este será el mejor medio de acabar la cuestion, y es un medio que por cierto no me disgusta. Que esparzan pon todas partes, que lo invadan todo: no pasarán entonces diez años sin que sean destruidos por la cuadragésima vez junto con el gobierno que haya sido ó parecido ser su cómplice: á vosotros os toca el averiguar si es eso lo que quereis hacer.

¿Por qué es que en esa lucha que se pretende excitar a toda costa entre el ultramontano.

tanismo y la Revolucion francesa, el primero sale siempre y necesariamente vencido? — por que la Revolucion francesa, en su principio, es verdaderamente cristiana, porque el sentimiento de la religion universal existe muy arraigado en Francia. La ley salida de la Revolucion francesa ha sido bastante amplia para hacer vivir de una misma existencia á todos aquellos á quienes los partidos religiosos tenian aparentemente separados. Ella ha conciliado en espíritu y en verdad á los que el ultra montanismo queria dividir eternamente; ella ha hecho hermanos de los que él hacia sectarios; ha consagrado lo que él proscribia; donde él no queria mas que el anatema de la antigua ley, ha introducido ella la alianza del Evangelio; ha borrado los nombres de huguenotes y papistas para no dejar subsistir sino el de cristianos; la Revolucion, en fin, ha hablado en favor de los pueblos y de los débiles, mientras el ultramontanismo abogaba solo por los principes y los potentados. Es decir que por imperfecta que sea la ley politica, ha venido al fin á ser mas conforme con el Evangelio, que los doctores que intentan hablar solo en nombre de ese mismo Evangelio. Estrechando, confundiendo, uniendo en el Estado á los diversos miembros de la familia del Cristo, ella ha desplegado mas inteligencia, mas amor, mas sentimiento cristiano que aquellos que despues de tres siglos, solo saben llamar *Racca* á la mitad de la Cristiandad.

Mientras conserve la Francia politica esta posicion en el mundo, será inexpugnable a todos los esfuerzos del ultramontanismo; si: ella es cristiana porque se halla cerca de la unidad prometida; es verdaderamente católica, porque su principio, extenso reune al griego y al latino, al luterano y al calvinista, al protestante y al romano, en un mismo derecho, un mismo nombre, una misma vida, una

misma ciudad de alianza. La Francia ha sido la primera que ha colocado su bandera fuera de las sectas, en la idea vivificadora del cristianismo. Esto es lo que constituye la grandeza de su revolucion. Ella permanecerá siempre ahí, y jamas se verá precipitada, mientras fiel á ese dogma universal, no se deje seducir por las sugerencias de algunos que la instigan á que entre en la politica sectaria del ultramontanismo. Mas, que se me enseñe, para justificar tanto orgullo, un solo punto al menos en el globo, donde esa politica estricta no haya sido combatida y trastornada por los hechos. En Europa, en Oriente, en ambas Américas, ha bastado el levantarse esa bandera para que la decadencia fisica y moral se haya hecho inmediatamente sentir. Cuando la Francia á principios del siglo, ha dominado al mundo, ¿ lo ha hecho en nombre del ultramontanismo? ¿ ó ha sido este por ventura el que lo dominó? El ultramontanismo ni es la bandera del Austria, pues esta solo desencadenó su iglesia lejos de sí para acabar con las Provincias conquistadas. ¿ La Italia, España, el Portugal, Paraguay, Polonia, Irlanda, Bohemia, todos pueblos perdidos por la misma politica os hacen acaso envidiar su suerte?

## LECCIONES DE M. QUINET.

### Lección I.

*De la libertad de discusion en materias religiosas.*

[ 10 de Mayo de 1843.] (1)

Diversas circunstancias me obligan á entrar en explicaciones sobre el modo como yo com-

(1) Van marcadas las señales de simpatia del auditorio, como tambien las tentativas de desorden.

prendo el ejercicio de la libertad de discusion en la enseñanza pública. Quiero hacerlo mesuradamente, con calma, pero con la mas completa franqueza. Mientras los ataques han partido de puntos lejanos, aun bajo el tema de los mandamientos y de las cátedras sagradas, ha sido permitido y hasta quizá conveniente el guardar silencio; pero cuando llega la injuria á hacernos frente internándose en el centro de este recinto, y al pie mismo de esta cátedra pacífica, es necesario hablar.

Estoy informado de que se han preparado y deben tener hoy lugar en mi curso escenas de desorden. [Risotadas, aplausos.] Me abstendría de agregar ninguna confianza á esta nueva, si por lo que acaba de suceder en la lección de un hombre de cuyos sentimientos todos participo, ( hablo de mi mas caro amigo M. Michelet ) no estuviese impuesto de la clase de libertad que se nos quiere hacer. ¿Es cierto que hay personas que sólo vienen aquí con la mira de ultrajarnos *incongnito* en el caso de que nos aventuremos á pensar de otra manera de la que ellas piensan? ¿Pero donde nos encontramos? ¿Es acaso en un teatro? y desde cuando, por lo que hace á mí me encuentro condenado á complacer individualmente á cada uno de los espectadores bajo pena de infamia? Es esa verdaderamente una mezquina tarea que yo no he aceptado. ¿Ni pueden tampoco figurarse una enseñanza que consistiese en lisonjear á cada uno en su idea dominante, sin permitirse jamás chocar una pasión ó una preocupación? Seguramente valdría mil veces mas el callar. Acordeémonos que al entrar aquí, entramos en el Colegio de Francia, es decir, en el asilo por excelencia de la discusion y del libre examen que este depósito de libertad nos ha sido confiado tanto á los unos como á los otros, y que es para mí un deber sagrado el no dejar de

crecer ni alterar este carácter de independencia hereditaria.

Si hay aquí algunas personas animadas contra mí de un espíritu particular de odio, ¿qué es lo que quieren? qué exigen de mí? ¿Esperan acaso por medio de la amenaza de viar mis palabras ó cerrar mi boca? Mucho temería mas bien que sucediese todo lo contrario, si el deber que lleno no me infundiese la fuerza de perseverar en esta moderación, que creo es el signo de la verdad. ¿Piensan por ventura, pues es preciso hablar claro, que tan as injurias como me han inferido, me desesperan, y que nada me preocupa tanto como el deseo de emplear la represalia? En esto se engañan y me atreveré aun á decir, que la violencia de las injurias es para mí un signo de sinceridad, pues con un poco mas de cálculo ellas habrían sido mejor escogidas. ¿Acaso son las opiniones que yo he publicado fuera de aquí, la causa de los cargos que se quieren hacer en este lugar? En cuanto á esto, Señores, celebro la ocasión de poder declarar, que todo lo que he escrito hasta el dia, lo pienso, lo creo y lo he de sostener. Y cualquiera que sea la opinión que se hayan formado á este respecto, lo que nadie puede poner en duda, es que yo he permanecido siempre consecuente con mígo mismo. ¿O es el espíritu general de libertad en las materias religiosas, lo que choca á mis adversarios? Pronto llegaremos á este punto; pero si se me exige ya una profesion de fe, no trepidaré desde luego en decir que creo, como lo enseña el Estado en la ley fundamental, fruto de cincuenta años de revoluciones y de pruebas, que creo que se encuentra el espíritu vivificador de Dios en todas las comuniones sinceras de este país: yo no creo que fuera de mi iglesia no haya salud. ¿Es en fin la causa de las antipatías que se me demuestran, el modo co-

mo he anunciado últimamente el objeto de este curso? Pero vosotros habeis sido testigos: ¿era posible hacerlo con menos acritud y mas mesura? Resulta entonces, que lo que realmente se querria sofocar es la materia misma que forma el objeto de mi actual enseñanza. Si, seamos frances: es ese nombre de *Jesuitas* lo que causa todo el mal. Tocar el origen y espíritu de los Jesuitas: he ahí de lo que ya me acusan gentes intolerantes, aun antes que haya comenzado á hablar.

¿Por qué, dicen ellas, hablar de la "Compañía de Jesus", en un Curso de literatura meridional? ¿qué relación tienen entre si cosas tan diferentes? Seria muy desgraciado ciertamente y habria perdido mi tiempo de un modo raro si no os hallaseis en aptitud de deducir en toda su extensión esta relación indisoluble. A fines del siglo XVI, acaba de eliminarse completamente el espíritu público en España y mas particularmente en Italia. Los escritores, los poetas, los artistas van desapareciendo sucesivamente; en vez de la generación ardiente, intrépida que había precedido, los hombres nuevos se imbecilizan bajo una atmósfera de muerte; no se ven ya las heroicas innovaciones de los Campanellas y de los Brunos: las han reemplazado una poesía melosa y una prosa insipida que despiden una especie de fetidez sepulcral. Pero mientras que todo muere en el genio nacional, he ahí una pequeña sociedad, la de los "Jesuitas", que nace y se agranda visiblemente; que infiltrándose por todas partes en medio de esos Estados moribundos, se nutre de lo que aun queda de vida en el corazón de la Italia y crece y se alimenta con la sustancia de ese gran cuerpo dividido. Ahora bien: cuando un fenómeno tal tiene lugar en el mundo; cuando domina ya todos los otros hechos intelectuales, y que puede considerarse como el prin-

cipio de todos, ¿sería preciso guardar silencio acerca de él? Cuando encuentro de paso siguiendo mi materia, una institución tan poderosa que tiene acción sobre todos los espíritus, que comprende y resume todo el sistema del Mediodía, ¿se me querria obligar á seguir adelante sin fijar en ella mi vista? ¿A qué quedaría entonces reducida la tarea del estudio de esa época? ¿A encerrarse en el estudio de algunos sonetos, y en la mitología galante de esos tiempos de decadencia? Estoy conforme; pero á pesar de todo, es imposible el evitar la cuestión; porque después de haber estudiado esas miserias, será siempre necesario el hacer conocer la influencia deletérica que en ellas ha ejercido uno de los principios manifiestos: y entonces al entrar en la cuestión de los Jesuitas, toda la diferencia consiste en alterar el orden colocando al fin lo que debería estar al principio. El estudio de la muerte de los pueblos cuando se investigan sus causas, es tan importante como el estudio de su vida.

¿Pero no podríais al menos, dicen aun, mostrar el efecto sin señalar la causa; enseñar las letras y la política sin el espíritu que las domina; la Italia sin el Jesuitismo; el elemento de muerte sin el elemento de vida? No: no lo puedo, no lo quiero.

¡Qué!... había yo de estar viendo y observando atentamente á la Europa del Mediodía consumirse con la formación y el desarrollo de ese establecimiento, languidecer, extinguirse bajo su influencia; y tan luego yo que me ocupo aquí especialmente de los pueblos del Mediodía, no había de ser osado á decir nada sobre la causa de su aniquilamiento!... [Murmullo.] ¿Podría ver con tranquilidad á mi país estimulado á entrar en una alianza que otros han pagado tan cara, sin que me fuese dado decirle: Ten cuidado! mi-

ra que otros han hecho la prueba en lugar tuyo? mira que los pueblos que hoy son los mas enfermizos de Europa, aquellos que nos crédito tienen y menos autoridad, y que parecen mas abandonados de Dios, son aquellos donde tiene su foco la Sociedad de Loyola! (Murmurlos, gritos que interrumpen un rato al Profesor.] No te dejes arrastrar á ese precipicio, porque el ejemplo te muestra que ha sido siempre funesto; no vayas, por Dios, á posarte bajo esa sombra: mira que ella ha adormecido y emponzoñado á la España y á la Italia por mas de dos siglos!.... [Gritos, silbidos, aplausos.] Yo os pregunto, Señores, si de estos hechos generales no puedo sacar la consecuencia, que es el lo que consiste precisamente la enseñanza real siempre que se trata de semejantes materias?

Pues, he ahí el punto en que se duplica mi asombro: ¿en favor de qué orden, de qué Sociedad se reclama ese extraño privilegio? ¿que es lo que se trata de colocar fuera del alcance de la discusion y del examen? ¿Es por ventura al menos el clero viviente de la Francia? ¿ó acaso una de esas comunidades pacificas y modestas, que tienen necesidad de ser protegidas contra las violencias de una intolerante mayoria? No, señores: se trata de una asociacion que ha sido (luego veremos si con razon ó sin ella) expulsada en diferentes epochas, de todos los Estados de la Europa; que ha sido condenada por el mismo Papa; á la que la Francia ha arrojado de su seno, y que no existe ya hoy á los ojos del Estado, ó mas bien, que es tenida por muerta legalmente en el derecho publico de nuestro país: y este fragmento sin nombre, que se oculta y se sustrae, y crece renegandose á si mismo, es lo que no nos permite estudiar, considerar, analizar en su origen y en su pasado!.... Confiesan que todas las otras ordenes han tenido su época

de decadencia y de corrupcion; que por su espiritu han sido acomodadas nada mas que á unos tiempos particulares, pasados los cuales, han debido ceder su puestos á las demás órdenes, como sucede con corta diferencia con las sociedades politicas, los estados y los pueblos que tienen todos marcados su dia y sus destinos: ¡y habría de ser la Compañia Jesuitica la unica cuyas miserias no fuese lícito patentizar, cuyas faces de decadencia y signos de decrepitud no pudiesen ser demostrados sin gran peligro? ¡Con que es entonces una blasfemia el oponer sus tiempos de miseria á los que tuvo de grandeza; atribuirle las vicisitudes comunes y necesarias á los demás establecimientos, dudar de su infalibilidad?... ¡Pero adonde vamos por este camino? ¿podeis acaso imaginaros que este sea el camino de la Francia de Julio? [Aplausos.]

Yo expondré á pesar de todo, mi pensamiento. Si: hay algo en esta decision audaz que me agrada y que me atrae; se me figura en este momento, que yo comprendo y pruebo la grandeza de esa asociacion mejor de lo que lo hacen todos sus apologistas; porque ellos querrian que yo no hablase de eso, y yo pretendo por el contrario que esa sociedad ha sido tan poderosa, su organizacion tan ingeniosa y vivaz, su influencia tan larga y universal, que es imposible dejar de hablar de ella, cualquiera que sea la materia que uno haya de tocar hacia el fin del renacimiento, poesia, arte, moral, politica, instituciones; yo sostengo que despues de haberse apoderado de toda la sustancia del Mediodia, ha permanecido durante un siglo ella sola viva en el seno de esas sociedades muertas. En este mismo momento, ¡como negar que sea obra de genio y de valor, el que despues de hallarse esa sociedad partida en pedazos, pisoteada, y condenada por tantos edictos solemnes, resucite á nuestra vista, co-

miente á hombrearse, y apenas salida del polvo, hable ya con tono magistral, provoque, amancece y desafie de nuevo la inteligencia y el buen sentido? Si el mundo despues de haberlos extirpado, parece aun dispuesto á dejar se seducir por ellos, hacen bien de intentarlo y si lo consiguiesen, sin duda que seria el mayor de los milagros del mundo moderno. En todo eso ellos no hacen mas que seguir su ley la condicion de su existencia, su destino: yo no los critico por eso, cuando veo que obedecen así á su propio carácter: y si por otra parte cada uno permanece fiel al suyo, no habrá tampoco nada que temer. Si, esta reaccion á pesar de la intolerancia de que se alaba, no me disgusta en manera alguna: la creo por el contrario provechosisima para el porvenir con tal que cada uno cumpla con su deber; con tal que la ciencia, la filosofia, la inteligencia humana, provocadas y urgidas, acepten al fin ese gran desafio.

Tal vez estábamos inclinados á dormirnos tranquilos con la posesion de cierto numero de ideas, que muchos no pensabau ya aumentar: es conveniente que de tiempo en tiempo le sea al hombre disputada la verdad, porque asi se habilita para la adquisicion de otras nuevas; y cuando nada tiene que temer acerca de su heredad, no solo no la aumenta sino que aun muchas veces la deja deteriorarse. Se nos acusa de haber sido demasiado precipitados: aceptaria este reproche si no tuviese la idea de que lejos de haber sido demasiado precipitados, hemos tenido demasiada timidez. Comparad si no, por un momento la enseñanza de nuestro país con la de las universidades de los gobiernos despóticos del Norte. ¿No ha sido en un país católico, en una Universidad, católica, en Munich, donde Schelling ha desarrollado impunemente durante treinta años des de su cátedra, y con un ardor siempre crecien-

te, la idea de ese cristianismo nuevo, de esa iglesia nueva que transforma á la vez el pasado y el porvenir? ¿No ha sido en un país despótico donde Hegel, con mayor independencia aun, ha reanimado todas las cuestiones que tienen relacion con el dogma? Y allí, no son solo las teorías, los misterios, los que la filosofia discute libremente, sino que es el texto mismo del Antiguo y del Nuevo Testamento, al que se aplica igual espíritu [desinteresado de alta critica, que á la filosofia griega y romana.

He ahí la vida de la enseñanza aun en los Estados despóticos: cuanto puede poner al hombre en el camino de la verdad, es allí permitido, acordado: ¿y nosotros en un país libre y al dia siguiente de una Revolución, qué es lo que hemos hecho? ¿Hemos acaso usado abusado de esa libertad filosófica, que nos daba el tiempo, sin que nadie nos la pudiese usurpar? ¿Hemos desplegado la bandera de la filosofia y del libre examen hasta donde nos era dable hacerlo? No por cierto: como todos pensaban que esta independencia había sido conquistada para siempre, nadie se apresuró á hacer pleno uso de ella. Las mas fuertes cuestiones han sido desde luego aplazadas; y se ha tratado por medio de infinitos manejos, de desvirtuar toda ocasión de disidencia. La filosofia que parece debería encontrarse orgullosa con el triunfo de Julio, se ha plegado por el contrario á una humildad de que todos se han asombrado: y esta misma situación tan modesta en la que debíamos al menos esperar hallar paz, es un asilo en el que no se nos quiere dejar permanecer. ¿Será preciso pues retroceder, todavía ceder más? Pero un solo paso mas nos expondría á ser arrojados fuera del límite de nuestro siglo. ¿Qué es entonces lo que debemos hacer? marchar adelante, Señores! [Aplausos]. Por lo que á mi toca, yo agra-

pezco á los que nos provocan á la accion y á la vida. Quien sabe si no habriamos concluido por relegarnos á un reposo fecundo y expuesto? Muchos imaginaban que la alianza de la creencia y de la ciencia, se habia al fin consumado, que se habia llegado á ese término, á la resolucion de ese problema. Pero no! los adversarios tienen razon: el tiempo de descansar aun no ha llegado. Alegrémonos de eso porque la lucha es buena siempre que se acepta sinceramente, y en esas eternas luchas de la ciencia y la creencia, es donde el hombre se eleva á una creencia superior, á una ciencia mas completa. ¿Por qué nos habriamos de haber librado nosotros de esa condicion de santo combate, impuesta á todos los que nos han precedido? Liegará sin duda el tiempo en que aquellos que tan violentamente se disputan hoy el porvenir, se juntarán, se unirán y descansarán en armonia; pero ese momento todavía no ha llegado, y hasta entonces es preciso que lleno cada cual su tarea, y combata á su modo, ya que tan estrepitosamente ha sido rota la alianza por una de las partes.

Una vez mas doy gracias á nuestros adversarios, porque han seguido su mision, que siempre ha sido por una inmutable contradiccion, la de provocar, agujonear el espíritu humano, obligarlo á ir mas lejos, siempre que ha estado á punto de retroceder ó de contenerse con la posesion pacifica de solo una parte de la verdad. El hombre es mas timido de lo que se cree, si no se viese contrariado, seria demasiado asequible: ¿no es esta en verdad su historia durante toda la edad-media? ¿y esta historia, esta lucha perpétua que lo reanima y lo excita siempre, no ha pasado casi toda ella en los lugares mismos donde ahora nos encontramos, sobre esta heróica montaña de Genoveva. ¿Porqué os alarmais entonces, á la idea de combate, cuando pisais el si-

tio mismo del combate? ¿No ha sido aquí, en estas mismas catedras, donde desde Abelardo hasta Ramus se han mostrado todos aquellos que han servido á la causa de la independencia del espíritu humano, en épocas en que aquella se hallaba del todo contrariada? Esa es nuestra tradicion, y el espíritu de esos hombres está aquí con nosotros: y puesto que se hacen hoy reaparecer las objeciones que ellos hollaron con su pie, y que se creian sepultadas para siempre con ellos, sea enhorabuena: imitemoslos, sigamos la senda que nos dejaron marcada, y llevemos mas adelante y mas lejos el estandarte de la libre discusion.

[Aplausos.]

En el punto á que hemos llegado, hay una cuestion fundamental oculta en el fondo de todas las dificultades, y sobre la cual quiero explicarme con tal claridad, que no pueda quedar ninguna confusión en el ánimo de los que me escuchan. ¿Cuál es segun el espíritu de las nuevas instituciones, el derecho de discusion y de exámen en la enseñanza pública? O en términos todavía mas precisos: ¿un hombre que enseña, aquí públicamente, en nombre del Estado, y delante de gentes de diversas creencias, estará obligado á ligarse á la letra de una comunión particular, á introducir en todas sus investigaciones ese espíritu de exclusivismo, y á ocultar todo aquello que pudiese alejarlo de él aunque fuese momentáneamente? Si se responde afirmativamente, preguntaré: ¿quién osará decirme cuál deba ser esa comunión á la que ha de sacrificarse la otra; si ha de ser aquella que excluye á todas las demás como otras tantas decepciones ó que las acoge como otras tantas promesas? porque yo no imagino que haya quien sin reflexionar un momento quiera despojar al número mas pequeño como si no existiese. ¿Se-

ré yo aquí católico ó protestante? Establecer esta cuestión, es resolverla.

Cuando bajo la Restauración existía una religión del del Estado, habeis visto á pesar de esto á la enseñanza, sacar una parte de su ilustración de su libertad misma; aproximar y confundir en una misma comunión de pensamientos y de porvenir á un protestantismo sabiamente imparcial y á un catolicismo ardentemente innovador. Luego, eso que la ciencia, las letras y la filosofía habían revelado con tanto brillo en la teoría, ha sido en la realidad consumado en las instituciones por la revolución de Julio. ¡Y ahora que ya no hay religión del Estado, como es que se pretende que el Estado proclame aquí públicamente la intolerancia? Esto sería desmentir su dogma y hasta renegarse á sí mismo. Solo veo un medio de introducir en estas cátedras el principio de exclusión, y es el de echar á un lado todos los recuerdos mas inmediatos, deshacer cuanto ha sido públicamente obra de una formidable apostasía; retrocer, en fin mas de medio siglo. Y hasta que llegue ese día, no solo será aquí permitido, sino necesario como una de las consecuencias del dogma social, el elevarse á esa altura en que las iglesias divididas, fraccionadas, enemigas, pueden todavía atraerse y consignado por la Francia en sus instituciones, es también el verdadero punto de vista de la ciencia, porque esta no vive en medio del tumulto de las contraver- sias, sino en una región mas serena.

Si dede algun dia realizarse la unidad prometida; si como se ha anunciado siempre, tantas creencias opuestas hoy y armadas las unas contra las otras, deben unirse en el reino del porvenir; si una misma Iglesia debe recibir un dia los tributos dispersos por los cuatro vientos, si los miembros de la familia humana aspiran secretamente á fundirse en la mis-

ma solidaridad; si la túnica del Cristo arroja da á la suerte en el Calvario, debe reaparecer alguna vez en su integridad—sia duda que la ciencia cumple hoy con una tarea laudable, al entrar la primera en esa senda de alianza «Aplausos.» Cierto es que se tendrán por enemigos á aquellos que aman el odio y la división en las coeas sagradas. Pero esto nada importa: perseveremos, Señores, convencidos de que es el hombre quien divide, y es Dios quien reune. «Aplausos.»

Sí por cierto: sería preciso cerrar los ojos para no ver que aparece en el mundo una nueva aurora religiosa. De tal manera estoy persuadido de esta verdad, que siempre se han dirigido á ella mis ideas, y me es imposible, por decirlo así, no hacer entrar de algún modo la influencia religiosa en las cosas humanas. Ha sido el hombre de algún tiempo á esta parte; con tanta frecuencia engañado por el hombre, que no es de extrañar que no quiera ya apasionarse sino de solo Dios. ¡Y cuales han sido, admitidos estos principios, los primeros misineros de este evangelio renovado? Respondo desde luego, que los pensadores, los escritores, los poetas y los filósofos. No puede ponerse en duda, que estos hayan sido los misineros que por todas partes, ya en Francia, ya en Alemania, han comenzado á explotar ese gran fondo de espiritualidad que es como la sustancia de toda fe real. ¡Y, cosa extraña, señores, apenas, ellos han consumado esa obra de precursores, cuando se les lanza ya el tema! Suponen que desde que el espíritu humano ha levantado su vista al cielo, es sin duda para renegarse á si mismo y embrutecerse para siempre; qué ha llegado el momento de concluir con la razón de todos, y que á la mayor brevedad es necesario sepultarla en ese Dios que ella acaba por si misma de volver a encontrar. Como ha sucedido en todas oca-

siones, disputan hoy la propiedad esclusiva y las primicias de ese Dios que renace. Pero ese movimiento religioso es para mi mas profundo, mas universal de lo que se le quiere hacer aparecer. Cada cual pretende encerrarlo, circuirlo, amurallarlo en un recinto particular; pero ese Cristo agrandado, regenerado, salido como segunda vez del sepulcro, no asi tan facilmente se deja esclavizar, sino que se repara, se dá, se comunica á todos. Da grande vida religiosa, no aparece ya solamente en el catolicismo, sino tambien en el protestantismo; no solo en la fe positiva, sino aun en la filosofia. Y este movimiento no es el patrimonio exclusivo del Mediodia de la Europa: lo veo fermentar igualmente en las razas germánica y eslava, y tanto en medio de los llamados heréticos, como de los ortodoxos. Y cuando todas las naciones de la Europa asi se sienten removidas hasta en sus cimientos por no se que presentimiento sagrado del porvenir, hay aun hombres que imaginan que todo ese movimiento podria efectuarse, en los designios de la Providencia, solo para el restablecimiento de la Compañia de Jesus. [Aplausos.] Por lo menos, si se les hace por un momento esta extraña concesion, ellos no podrian menos de confesar que hay algo bueno en sus adversarios, pues la generación educada por los Jesuitas es precisamente la que los arroja, mientras que es la generación educada por la filosofia, la que los fomenta. (Aplausos)

Una historia singularmente filosófica, sería la de las ordenes religiosas desde el origen del Cristianismo. Así como la filosofia ha sido rejuvenecida de tiempo en tiempo por nuevas escuelas, así tambien la religion ha sido elevada, exaltada de siglo en siglo por ordenes nuevas que pretenden poseerla, y que en un momento dado llegan efectivamente á poseerla por excelencia. Todas ellas tienen su vida, su

virtud peculiar, y llevan durante algun tiempo el carro de la fe, hasta que alteradas por el espíritu del mundo, que ellas combaten, y tomandose á si propias por el fin que hasta entonces han seguido, se estacionan y se deifican. Cada una de esas ordenes tiene su instituto escrito: en esas cartas del desierto se revela á cada renglon el profundo instinto del legislador: entre ellas, hay algunas tan notables por su forma como por su fondo. Las hay breves, laconicas, como las reglas de Lycurgo, y esas son la de los Anacoretas. Las unas hacen recordar por su diálogo florido, las habitudes de Platon, y son las de San Basilio. Las otras, por un fuego extraordinario, pueden competir con los vuelos mas poéticos del Dante, y son esas las del *Maitre*. No faltan en fin otras que poseyendo un conocimiento profundo de los hombres y de los negocios, traen á la memoria el espíritu de Maquiavelo, y estas son las de los Jesuitas. La situación del alma humana en cada una de esas épocas está grabada en esos monumentos. Al principio, en las instituciones de los Anacoretas, en la regla de San Antonio, el alma se ocupa de si misma. Lejos de querer convertir á nadie, el hombre imbuido aun del espíritu del paganismo, huye de sus semejantes, porque no encuentra nada que poderles decir.

Armado contra todo lo que lo rodea, para entrar en el singular combate del desierto, «singularem pugnam eremi» su vida está reducida noche y dia á la contemplacion y á la oracion. Reza y lee todo el dia, le dice su regla. Mas tarde, durante la Edad-Media, suceden á la ermita las mudas asociaciones. Por la ley de San Benito viven ya reunidos en un mismo monasterio, pero esta pequeña sociedad no pretende entrar en lucha activa con la gran sociedad humana. Vive atrincherada tras de sus muros elevados «munita clausa-

trorum;» abre la puerta á los que llaman á ella, pero no se precipita delante de ellos. El hombre tiene todavía miedo de la palabra humana: un eterno silencio sella los labios de estos hermanos, y si se abriesen, aun podría salir de ellos el lenguaje pagano. Todas las tardes, estos socios del sepulcro se duermen en la capilla, ceñido su cuerpo con un cinto, para estar expeditos al llamado de la trompeta de los arcángeles. El espíritu de la regla, es ocupar santamente todas las horas en la espera taciturna del último día de vida, que se aproxima. Pasados esos tiempos, sufren una revolución los institutos de las comunidades religiosas: se nota en estas el deseo de entrar en comunicación directa con el mundo que hasta entonces no han percibido sino a través del estrecho claustro del monasterio. El religioso sale ya de su convento para comunicar fuera de él la palabra y llama que ha conservado intactas. Tal es el espíritu de las instituciones de San Francisco, de Santo Domingo, de los Templarios, y de todas las órdenes improvisadas por inspiración de las Cruzadas: el duelo no existe ya en el desierto; ha sido transportado á la ciudad. Pero después de todo, faltaba todavía un paso más que dar: y este será la obra de la Orden que pretende reasumir en sí á todas las que la han precedido, es decir, de la Compañía de Jesús pues todas las demás tienen un temperamento, un fin, un hábito especial; están adheridas á cierto lugar de preferencia á otro; han conservado el carácter del país que las vió nacer; y aun hay algunas de ellas que según sus estatutos no pueden ser trasplantadas fuera de determinado territorio al que están ligadas como una planta indígena.

Mas el carácter del Jesuitismo nacido en España, preparado en Francia, desarrollado, fijado en Roma,—es el asimilarse el espíritu-

de cosmopolismo que la Italia infundía entonces en todas sus obras. Y esta es una de las fases por la que ha venido á encontrarse de acuerdo con el espíritu del renacimiento en el Mediodía de la Europa. Se despoja por otra parte, de la Edad Media, desprendiéndose voluntariamente del ascetismo y de la maceración. En España no pensaba en sus principios, mas que en la posesión del Santo Sepulcro; al llegar á Italia, se hace ya más práctico: no se limita á codiciar un sepulcro, y lo que pretende es la posesión de los vivos para convertirlos en cadáveres. Pero luego á fuerza de mezclarse, de confundirse con la sociedad temporal, llega á encontrarse incapaz de desviarse de ella, es decir, de enseñarle nada de particular. Es el mundo el que ha conquistado, y no ella quien ha conquistado al mundo: y si quereis reasumir en una sola palabra toda la historia de las órdenes religiosas, hallareis que en su origen, en las instituciones de los Anacoretas, el hombre se halla tan exclusivamente ocupado de Dios, que para él no existen propiamente las cosas que lo rodean; y que más tarde, por el contrario, en la Compañía de Jesús, se halla el hombre tan ocupado de las cosas terrenas, que es Dios el que desaparece en medio del ruido de los negocios. (Aplausos.)

— ¿Puede darse por terminada esta historia de las órdenes religiosas? Hasta el día las revoluciones de la ciencia y de la sociedad han producido siempre un nuevo orden de cosas que las contradiga á los depure. Estas innovaciones sucesivas se avienen admirablemente con la inmutabilidad de la Iglesia, y son la señal más positiva de una vida llena de poder. Ahora bien: ¿nada ha ocurrido en el mundo desde ahora tres siglos cuando se instituyó la Compañía de Jesús, nada ha ocurrido, digo, que haga necesaria una nueva fundación? ¿No

han habido bastantes cambios, bastantes temeridades en las inteligencias? No merece por ventura la Revolucion francesa que se haga en favor de ella, lo que se hacia en la Edad Media á la aparicion de la mas insignificante de las conmociones politicas ó sociales? Todo ha cambiado, todo está renovado en la sociedad temporal. Confieso que bajo una aparente modestia la filosofia está en el fondo lleno de audacia y de orgullo. Si: se cree victoriosa, al ver que contra enemigos que así vuelven á templar sus armas, solo se oponen para combatirlos ordenes estenuadas y desfallecidas. En cuanto á mi, si me encontrase encargado de llenar la misión que á otros ha cabido, lejos de contentarme con restaurar unas asociaciones comprometidas ya con el pasado, ó desconcertadas por demasiadas enemistades, como los Jesuitas, creeria firmemente que hay ya en el mundo tantos cambios, tantas tendencias, tantas filosofias, ó si se quiere, nuevas herejias, que vale la pena de poner otra regla, una nueva forma, un nombre nuevo si quiera; creeria, en fin que ese espíritu de creacion, es el testimonio necesario de la grande vida de las doctrinas, y que una sola palabra pronunciada por una orden nueva, tendria cien veces mas fuerza, que toda la elocuencia del mundo, en boca de una orden vetusta.

Sea de esto lo que quiera, he dicho ya demasiado para probar que la predicacion en una iglesia particular, y la enseñanza pública delante de personas de diferentes creencias, no son una misma cosa, y que de consiguiente exigir del uno lo que solo pertenece al otro, es querer destruir aquellas. La creacion y la ciencia, estos dos estados del espíritu humano, que tal vez un dia no formaran sino uno solo, han sido siempre mirados como muy distintos. Hacia la época de que nos ocupamos, esos dos estados han sido representados

exactamente en la historia por dos hombres que han aparecido á poca distancia el uno del otro: Ignacio de Loyola y Cristóbal Colón. Loyola por una absoluta veneracion á la letra misma de la autoridad, en medio de los mayores trastornos, conserva, mantiene el pasado; lo busca y lo saca de donde quiera que lo encuentra, hasta de los sepulcros. En cuanto á Cristóbal Colón, este gran genio presenta al descubierto como se forma el porvenir, por la union de la creacion y de la libertad, en el espíritu del hombre. El posee cual nadie la tradicion del Cristianismo; pero la interpreta, la desarrolla; escucha todas las voces, todos los presentimientos religiosos del resto de la humanidad, y cree que puede haber algo de divino aun en los cultos mas disidentes. De este sentimiento de la religion, de la iglesia verdaderamente universal, se eleva á una conception clara de los destinos del globo; recoge, espia la palabra misteriosas del Antiguo y del Nuevo Testamento; se atreve á sacar de ellas un espíritu que escandaliza por lo pronto á la infalibilidad; un dia la desmiente, y al otro dia la obliga á someterse á su parecer; lanza un soplido de libertad sobre toda la tradicion, y de esta libertad sale el "Vervo" que crea un nuevo mundo; quebranta la letra exterior, rompe el sello de los Profetas, y hace de sus visiones una realidad. He ahí una tendencia diferente de la primera. Estas dos sendas permanecerán por largo tiempo abiertas antes de que puedan reunirse. Cada cual es libre de elegir entre marchar adelante, ó retroceder. Por lo que á mi toca, mi deber era establecer, acordar aqui publicamente el derecho de preferir á la tendencia de solo el pasado, aquella que abre el porvenir, y que aumentando la creacion, aumenta la idea de la grandeza divina. Espero haberlo hecho sin odio y sin tergiversar; y cualquiera que sea el resultado de

mi franqueza, la sola cosa de que estoy seguro es que jamas me arrepentiré de ella--[Aplausos prolongados].

Me es bien conocido el espíritu de este auditorio, y en cuanto á mi, espero haber dicho lo bastante para que tambien se me conozca. Sabeis que hablo siempre sin ningun genero de odio, pero al mismo tiempo con la firme voluntad de expresar todo mi pensamiento. (Interrupcion.) Un observador imparcial que hubiese visto lo que pasa de algunos dias á esta parte en este recinto, no podria menos de convenir en que se revela en él un hecho nuevo, cual es la importancia que todos los espíritus acuerdan ya á las cuestiones religiosas. No es por cierto una cosa insignificante el ver á tantos hombres prestar á semejantes materias el interes [no diré la pasion] que antes unicamente demostraba por la escena politica. Han llegado á convencerse, que se trataba del interes de todos, y solo ha sido precisa una palabra para hacer subir la llama oculta en el fondo de los corazones. Las cuestiones relativas á la materia de que nos ocupamos, son de la mas alta importancia, y si se hallan ligadas al mundo actual, es por su importancia misma. Sepamos, pues, de una vez elevarnos con ellas conservando esa calma inherente á la investigacion de la verdad, y convencidos de que lo que aquí hacemos no queda encerrado dentro de estos muros; que lejos de aqui, y aun fuera de la misma Francia hay espíritus serios que nos observan.

Hay épocas en que los hombres son educados desde la cuna para el silencio, seguros de que no tendrán que sufrir jamas ninguna contradiccion profunda. Pero otras épocas hay en que se dirige á los hombres por el camino de la libre discussion, á la plena luz: y estos son nuestros tiempos. El mayor mal que puede hacerse hoy á una causa, es el pretender sofo-

car su examen por medio de la violencia. Esto no puede ni podrá jamas tener buen exito, y cuando mucho se conseguirá por ese medio persuadir á ciertos espíritus conciliadores, que la causa que defienden es incompatible con el nuevo régimen. ¿Mas de que sirven tantas amenazas pueriles? No será ciertamente la Francia quien retroceda ante un silbido. Nadie que en este pais haga circular este pensamiento, tiene el poder de escaparse á la censura publica. Pasaron ya los tiempos en que una idea, una sociedad, una orden podia estenderse formarse y elevarse en secreto, y mostrarse luego de golpe cuando sus raices habian llegado á ser tan profundas, que no podian ser estirpadas. Cualquiera que sea el camino que se tome, siempre se encuentra hoy un centinela pronto á dar el grito de alarma. no hay ya cedadas ni emboscadas que valgan. La palabra de que me sirvo yo hoy, vosotros la empleareis mañana: es para mi una salvaguardia, pero lo es sobre todo para vosotros. ¿A qué quedarian reducidos mis adversarios sin ella? Porque yo comprendo fácilmente la filosofia circunscrita á sus libros, ¿pero quien pue de imaginarse ni por un momento á la Iglesia privada de la palabra? ¡y sois vosotros los que intentais destruir la palabra en nombre de la Iglesia! Hacedlo: todo lo que puedo deciros es, que sus mayores enemigos no emplearian mas que esos medios.

He advertido ya, que el establecimiento de la Compañia de Jesus es el fondo de la materia que nos debe ocupar. Tratemos esta cuestion en los terminos mas desinteresados. No vayais desde luego á creer, que todo me parece punible en la simpatia que inspira esa Sociedad á algunas personas de nuestros dias. Comienzo diciendo, que creo firmemente en su sinceridad. Ellas encuentran en medio de nuestra sociedad, comunmente vacilante y sin

fin cierto, los fragmentos de un establecimiento extraordinario que conserva aun inmutable su unidad, cuando todo ha cambiado á su alrededor. Este espectáculo las llena de asombro: al aspecto de unas ruinas todavía llenas de orgullo, esas personas se sienten atraídas por una fuerza, que no tienen el cuidado de medir: y no sé si diga, que ese estado de decadencia ejerce sobre ellas un prestigio superior al de la misma prosperidad. Como ven observadas, regladas todas las apariencias, constituciones escritas, costumbres subsistentes, se persuaden que el espíritu cristiano habita aun estos simulacros: tanto mas, cuanto que un solo paso dado en ese camino los arrastra á otros muchos, y que los principios de la orden se hallan unidos con un arte infinito. Una vez entrados en esa senda, se internan cada vez mas buscando siempre bajo las formas de la doctrina de Loyola el genio y el alma del Crisrianismo. Ahora, mi deber es decir á esas personas, como á todas las que me escuchan, que la vida está en otra parte, que no se halla ya en esa constitucion, simulacro vacío del espíritu de Dios; que lo que ha sido, ha sido; que el olor ha desaparecido y a del vaso, y que la alma del Cristo no se encuentra en ese sepulcro blanqueado. Y aun cuando esas personas estén poseidas de un odio que creen eterno, y del que me es imposible participar, si se presentan aquí violentas, amenazadoras, les prevengo y les declaro frente á frente, que pondré cuanto esté de mi parte, para arrancarlas de una senda en que no creo puedan hallar otra cosa que vacío y decepcion; y que no dependerá de mí si después de apartarlas de la intolerancia de una regla egoista, y de un sistema diametralmente opuesto, que creo es el camino víctimo de la verdad y de la humanidad.

En circunstancias normales uno se aconse-

ja; escucha el pro y el contra de la cuestión cuya verdad quiere investigar; y cuando se trata de dar su pensamiento, su porvenir á una orden cuya primera máxima, conforme con el genio de las sociedades secretas, es ligaros á cada paso, ocultandoos el grado que sigue,—hay todavía gentes entre nosotros que quisieran que nadie les enseñase el fin de esa sociedad clandestina!.... Se arman del odio contra aquellos que quieren mostrarles á lo que exponen siguiendo ese tenebroso camino. Demasiadas voces, mas felices que la mía, conducen hoy á los espíritus por el camino del pasado. Que sufran, pues, los adversarios lo que es una insensatez el querer impedir; que sufran por ultimo que en otro lugar, señale otra voz un camino nuevo, apoyándose sin cólera, en la historia y en los monumentos: con esto es bien obvio, que no se sorprende la buena fe de nadie. Si perseveráis en vuestras convicciones, ellas habrán pasado cuando menos por la prueba de la contradicción pública; y os habréis conducido como deben hacerlo todos los hombres sinceros en materias tan graves. Combato abierta y lealmente y solo pido para mí que se empleen armas semejantes.

Y quien sabe si entre aquellos que se creen animados de mayor aversion, no se encuentra aquí, en este momento, alguien que se felicitará mas tarde por haber sido hoy detenido en el umbral que iba á pasar para siempre.

Lo que desde luego hay que averiguar, es, á donde se vá; y la primer cosa de que me debo ocupar es el mostrar la misión de la orden de Jesus en el mundo contemporáneo. El Jesuitismo es una máquina de guerra: es necesario para él tener siempre un enemigo que combatir, sin lo cual permanecerían inútiles sus prodigiosas combinaciones. En los siglos

XVI.º y XVII.º halló por contendor al protestantismo. No contento con este adversario, la idolatría de los pueblos del Asia y de la América le ha proporcionado tambien una gloriosa ocupacion. Su gloria consiste en combatir siempre con lo mas fuerte. ¿Cuál será en nuestros tiempos el enemigo que ha hecho resucitar á esa orden? No será ciertamente la iglesia cismática, pues ella ha sido por el contrario la que la ha llamado de nuevo y la ha salvado en Rusia. Tampoco la idolatría. ¿Cuál es entonces ese adversario bastante poderoso para hacer resucitar á los muertos? A fin de demostrarlo con plena evidencia, quíero solo apoyarme en el papismo, en las bulas de condenacion y de restauracion de la órden. En presencia de tales documentos y datos, vosotros mismos sacareis la consecuencia. La bula que suprime el Instituto, es del 21 de Julio de 1773. Citaré algunos pasages de ella advirtiendo de antemano, que yo no he de servirme nunca de términos mas explicitos ni mas vivos que los que emplea el papismo por boca de Clemente XIV.

“No bien [dice] llegó á formarse la Compañía, “suo fere ab initio”, cuándo ya surgieron diversos germenes de division y de celos, no solo entre sus propios miembros, sino aun con respecto á las otras corporaciones y ordenes regulares, como el clero secular, Academias, Universidades, Colegios públicos de bellas letras, y hasta relativamente á los principes que los habian recibido en sus Estados...”

“Lejos de que todas las precauciones fuesen suficientes para calmar los gritos y las quejas contra la Compañía, se vieron, por el contrario suscitarse en casi todos los puntos del globo, disputas muy afgientes contra su doctrina: “Universum péne orbem pervaserunt moles tissimo contentiones de Societatis doctrina:” siendo en gran número las personas que la de-

nunciaban por opuesta á la fe ortodoxa y á las buenas costumbres. Las disensiones se encendian cada vez mas en la Compañía, y las acusaciones contra ella eran mas y mas frecuentes, en especial, sobre su demasiada avidez por los bienes terrestres.

“Con el mayor dolor hemos observado, que todos los remedios que han sido empleados, no han tenido casi eficacia alguna para destruir y disipar tantos disturbios, acusaciones y quejas de gravedad; y que muchos de nuestros predecesores, como Urbano VIII, Clemente IX, X, XI y XII, Alejandro VI y VIII Ynocencio X, XI, XII y XIII, y Benedicto XIV, trabajaron en vano con tal fin. Trataron sin embargo, de dar á la Iglesia la paz tan deseable, publicando saludabilísimas constituciones por las que prohibian de un modo absoluto el uso y la aplicación de máximas que la Santa Sede había justamente condenado por escandalosas, y manifiestamente perjudiciales á la regla de las costumbres etc. etc.

“Juzgamos que a fin de tomar el partido mas seguro en un negocio de tan grande entidad, teníamos necesidad de un largo espacio de tiempo, no solo para poder hacer averiguaciones exactas, pesarlo todo con madurez, y deliberar con sabiduría, sino aun para pedir por medios de muchas penitencias, y rogativas continuas, la ayuda y el sostén del padre de las luces.

En su consecuencia, despues de haber tomado tantas y tan necesarias medidas; en la confianza en que nos hallamos de ser ayudados por el Espíritu Santo; estando precisados ademas, por la necesidad de llenar nuestro ministerio; considerando que la Compañía de Jesus no puede ya por mas tiempo hacer esperar esos frutos abundantes y esas grandes ventajas para que fué instituida, aprobada y enriquecida con tantos privilegios por nuestros

predecesores; que por otra parte, no es acaso ni siquiera posible, el que mientras subsista ella, recupere la Iglesia una paz verdadera y durable: persuadidos, obligados por tan poderosos motivos, y por otros aun que nos suministran las leyes de la prudencia y el buen gobierno de la Iglesia universal, pero que guardamos en el profundo secreto de nuestro corazon; despues de una madura deliberacion, en el ejercicio de nuestra cierta ciencia y de la plenitud del poder apostolico,—extinguimos y suprimimos la dicha Compania, abolimos sus estatutos y constituciones, aun aquellas que se encontrasen apoyadas en juramento, confirmation apostolica, ó de cualquier otro modo.”

El 16 de Mayo de 1774, el Cardenal, Embajador de Francia, transmite una confirmation de la bula al Ministro de Negocios Extranjeros comentandola con algunas palabras que son al propio tiempo un aviso al Rey y al clero.

“ El Papa [dice] se ha decidido á la supresion, al pie de los altares y en presencia de Dios. Ha creido que religiosos proscritos de los Estados mas catolicos, que han dado vehementes sospechas de hallarse antes y ahora comprendidos en tramas criminales, que solo tienen en su favor el exterior de la regularidad, desacreditados en sus maximas, dado al comercio, al agiotaje y á la politica para hacerse mas poderosos y temibles,—no podian producir sino frutos de disencion y de discordia; que una reforma no haria otra cosa que paliar el mal, y que era necesario preferir á todo la paz de la Iglesia universal y de la Santa Sede....

“ En una palabra, Clemente XIV ha creido la Compania de Jesuitas incompatible con el reposo de la Iglesia y de los Estados Catolicos. El espiritu del gobierno de esta Compa-

nia, era lo peligroso; ese espiritu es, pues, lo que importa que no se renueve, y á esto es á lo que el Papa exhorta al Rey y al Clero de Francia.”

Ahora comienza á revelarse mi conclusion. No olvideis que la bula de interdiccion es apenas quince años anterior á la explosion de la Revolucion de 1789. El genio precursor que daba á la Francia la realeza de la inteligencia, gobernaba ya el mundo aun antes que estallase aquella: se habia trasmittido de los escritores á los Principes, y de los Principes á los Papas. He ahí el encadenamiento de las cosas. La Francia vá á arrojarse al camino de la innovacion, y el papismo inspirado entonces por el genio de todos, hace pedazos la máquina creada para sofocar en su germen el principio de la innovacion. El espiritu de 1789 y de la Constituyente, está todo él en esa bula pontificia de 1773. ¿Y qué es lo que desde entonces sucede? Durante todo el tiempo que la Francia nueva permanece victoriosa en el mundo, no se oye hablar mas de la Compania de Jesus. Ante la bandera, libre y gloriosamente desplegada, de la Revolucion Francesa, desaparece esa Compania como si no hubiese existido jamas. Sus restos se ocultan bajo otros nombres. El imperio, aunque amaba á los fuertes, dejó esos restos en el polvo, convencido de que el que todo lo podia, no podia remover una piedra sin desmentir su origen, y que entre los juicios pronunciados por los pueblos, hay algunos con los que es preciso no jugar. Llega sin embargo el momento en que la compania de Jesus, pulverizada por el papismo es triunfalmente restablecida de nuevo por el papismo. ¿Qué es, pues, lo que ha pasado? La bula de la restauracion de la Orden es del 6 de Agosto de 1814. ¿Nada os dice esta fecha? Es precisamente el momento en que la Francia si-

tiada, vejada, se ve en la necesidad de ocultar sus colores, de renegar en su ley el principio de la Revolucion, y aceptar lo que voluntariamente quiere permitirse de aire, de luz y de vida. En medio de esta cruzada de la vieja Europa, cada cual emplea las armas que maneja; en este diluvio de milicias de todas las zonas: el papismo desencadena tambien la milicia resucitada de Loyola, á fin de que reducido el espíritu como el cuerpo, la derrota sea completa, y que la Francia arrodillada, no halle ni en su foro interno la idea de regenerarse jamas.

Tales son los hechos, la historia, la realidad de que se tratará en vano de separar á la generación que se educa. Preciso es que de una vez se sepa, que á este resultado se ha de llegar indefectiblemente, cuando se haya tomado ese camino: no se le percibe en él á á primera vista, no se le ensaña desde el principio, pero es el término necesario. Por una parte la revolución Francesa con el desarrollo de la vida religiosa y social; por la otra oculto no se sabe donde, su adversario nato, la orden de Jesus, con su indestructible adhesión al pasado. Entre estas cosas es necesario elejir.

— Y que nadie vaya á creer que puedan ser conciliables: no lo son, Señores. La misión del Jesuitismo en el siglo XVI ha sido la de destruir la Reforma; la misión del Jesuitismo, en el siglo XIX, es la de destruir la Revolución que supone, encierra, comprende y sobrepasa la Reforma. [Aplausos.] Es una gran misión, pero preciso es reconocerla. Se trata de algo mas que la Universidad, y de una disputa de Colegio: las ideas son mas altas de lo que, como siempre se trata, es de enervar el principio de vida, de agotar sordamente el porvenir en su origen: es toda la cuestión. Desde luego se la ha establecido

entre nosotros, pero ella está destinada á desarrollarse en otra parte, á recordar á aquellos que mas entregados están á un sueño finido ó verdadero; porque probablemente con razon se nos ha compelido á desenmascararla aquí.

Esto supuesto, voy sin divagar al centro de la doctrina que quiero estudiar, desde luego histórica é imparcialmente, en su autor, Ignacio de Loyola. Conoceis esa poderosa vida en que la caballería, el éxtasis y el cálculo dominan sucesivamente. Es preciso sin embargo volver á trazar los principios, y ver como ha podido tanto ascetismo conciliarse con tanta política, como ha podido avenirse la habitud de las visiones con el genio de los negocios. Colocado en los confines de dos épocas, no os asombréis de que tan poderoso haya sido este hombre, de que lo sea aun, ni de que marque sus conquistas con un sello indestructible. Todo lo ejerce á la vez, el poder que nació del éxtasis en el siglo XII, y la autoridad que se apoya en la práctica consumada del mundo moderno: participa de rasgos de San Francisco de Asís y de Maquiavelo. Bajo cualquier aspecto que se le considere, es de aquellos raros hombres que se approprian los mas opuestos extremos del espíritu.

En un castillo de Vizcaya, un jóven de una familia antigua, recibe á principios del siglo XVI la educación militar de la nobleza española; manejando la espada, lee por pasatiempo los Amadís [romances caballerescos]: á esto está reducida toda su ciencia. Llega á ser page de Fernando, después capitán de una compañía: bizarro, valiente, mundano, ávido sobre todo de tumultos y de batallas. En el sitio de Pamplona por los franceses, se retira á la ciudadela; la defiende valerosamente á todo trance; un vizcaino le quiebra la pierna; lo conducen al castillo inmediato, que es el de su pa-

dre. Despues de una cruel operacion sufrida con heroismo, pide para distraerse sus libros de caballeria; pero no halla en ese viejo castillo saqueado, sino la vida de Jesucristo y de los Santos. Las lee, y su corazon, su pensamiento, su genio, se inflaman con una súbita revelacion. En pocos instantes este jóven poseido de un amor todo humano, se enciende de una especie de furor divino; el page es ahora un ascético, un ermitaño, un penitente. Tales son los principios de Ignacio de Loyola.

¿Cual es la primera idea que concibe este hombre de accion? El proyecto de una peregrinacion á Tierra Santa. Al leer las ardientes vidas de los Santos Padres, bosqueja, pinta groseramente los paisages, las figuras á que se refieren esas recitaciones. Quiere ir inmediatamente á tocar esa tierra sagrada; cree ver, ve ya á la Virgen que lo llama, y parte. Como no está aun curada su herida, monta á caballo, conduciendo en su silla el cinto, la cabaza, las sandalias de cuerda, el bordón, todas las insignias en fin, del peregrino. En el camino encuentra á un Moro, con el que discute sobre el misterio de la Virgen. Una tentacion violenta le acomete de matar al incrédulo; pero forma un proyecto: dejala rien das al instinto de su caballo; si este se acerca al Moro, lo matará, y si no, le olvidará. Comienza asi por someter su conciencia á merced de la casualidad. A alguna distancia de ahí, despide á sus asistentes, se reviste del silicio, y sigue su camino, descalzo. En Manresa se encierra en el hospital, pasa la noche delante del altar de la Virgen, y cuelga su espada en los pilares de la capilla Redobla sus disciplinas; su cuerpo está aprisionado con una cadena de fierro; su pan mezclado con ceniza, y el Gran Señor de España va mendigando de puerta en puerta por las calles de Manresa. No basta todavia esto para satisfacer le

bhambre de ese corazon devorado de ascetismo: y Loyola se retira á una gruta donde los rayos del sol no penetran sino por una grieta de la roca; pasa allí días enteros y aun semanas sin tomar alimentos; se le encuentra desmayado al borde de un torrente. Apesar de tantas penitencias, esta alma se siente aun conturbada. El escrupulo, no ya la duda, lo persigue; sutiliza hasta consigo mismo; y ese mismo combate interior que Lutero afrontaba en los momentos de cambiarlo todo, Loyola lo sostiene cuando va á conservarlo todo. El mal echa en él tantas raices que el pensamiento del suicidio lo inquieta, y en esa guerra interior gime, grita y se revuelca por los suelos. Pero no es esa alma de aquellas que se dejan vencer del primer asalto: Ignacio se levanta; la vision de la Trinidad, de la Virgen, que lo llama hacia su hijo, lo salva de la desesperacion. En esa caverna de Manresa le ha sido revelado el sentimiento de su propia fuerza; no sabe todavia lo que hará, solo sí, que algo tiene que hacer.

Un pequeño buque mercante lo lleva por caridad á Gaeta: hélo ya en el camino de la Tierra-Santa; descalzo siempre y mendigando por Italia, va á Roma; se arrastra hacia Venecia:—«es demasiado tarde, le grita una voz: el buque de los peregrinos ha partido ya.»—«Qué importa, responde Loyola: si faltan embarcaciones pasare la mar sobre una tabla»—Con esa voluntad impertérrita no era dificil llegar á Jerusalen. Llegó en efecto, descalzo siempre, el 4 de Setiembre de 1523. Despojado de todo, se despoja todavia mas á fin de poder pagar á los Sarracenos el derecho de ver y rever el Santo Sepulcro. Pero en el momento en que llega al termino de sus deseos, se apercibe de un término mas lejano. Hasta aqui solo queria tocar esas piedras; pero ahora que las possee quiere otra cosa. Sobre la pie-

dra del Santo Sepulcro, el Cristo se le aparece en los aires, y le hace señas de que se aproxima mas. Atraer, convertir a los pueblos de Oriente, es el pensamiento fijo que se despiersta en él. Está en adelante encargado de una misión positiva; y desde el momento en que ha llegado su imaginacion al fin deseado, hay en Loyola un ueovo hombre. Se calma su imaginacion; su razon se agranda; el celo de las almas vence en él el amor de la cruz (1) El ascético, el hermitaño se transforma, el politico comienza.

Al aspecto de este sepulcro desierto, comprende que los calculos de la inteligencia son los unicos que pueden llevar allí a los hombres. En esta nueva cruzada no es la espadasino el pensamiento el que hará el milagro. Es un bello cuadro el que nos presenta esta ultima cruzada proclamande en presencia del calvario, que las armas solas no pueden ya nada en favor de las creencias. Desde ese dia su plan queda formado, su sistema, preparado é inapeable su voluntad. No sabe nada, apenas leer y escribir; pero en pocos años sabrá quanto enseñan los doctores. Y he ahí al soldado, al invalido imputado, que abandona los proyectos imaginarios, los placeres del ascetismo para ocupar un lugr entre los niños, en las escuelas elementales de Barcelona y Salamanca. El caballero de la Corte de Fernando, el anacoreta de las rocas de Manresa, el libre peregrino del Monte Thabor, inclina su espíritu apocaliptico sobre la gramática! ¿Y que hace ese hombre para quien los cielos estan abiertos? aprende las conjugaciones, deletrea el latin. Este prodigioso imperio sobre si mismo, en medio de las inspiraciones divinas señala ya una época del todo nueva

Sin embargo, el hombre del desierto reaparece aun en la escuela. Se dice que cura á los muertos y exhorceisa los espíritus: no ha llegado á hacerse tan niño, que deje de verse en él á veces tambien el santo. Profesa por otra parte, no sé que teología que nadie le ha enseñado, y que comienza ya á escandalizar á la inquisicion. Se le pone preso, y solo sale en libertad con la condición de que no volverá á desplegar los labios antes que haya pasado cuatro años en una escuela regular de teología.

Esta sentencia lo decide á venir á donde lo atraria la ciencia, á la Universidad de Paris ¿No es ya tiempo de que se revele ese pensamiento que con tanta lentitud ha ido madurando? Loyola tiene cerca de treinta y cinco años: ¿que es lo que espera todavia? Este extraño estudiante tiene en el colegio de Santa Barbara, por compañeros de cuarto a dos jóvenes, Pedro de Fébre y Francisco Javier: el uno es un pastor de los Alpes, pronto á aprovecharse de cualquier palabra poderosa. Loyola se entiende con él; no le revela su proyecto sino despues de tres años de reserva y de calculos el otro es un gentilhombre muy infatulado con su juventud y su nacimiento: Loyola lo llena de elojos y lo lisonjea, se convierte para con él en el gentilhombre de Vizcaya.

Por lo demas, para subyagar los espíritus posee un medio mas seguro, el libro de los «Ejercicios Espirituales», obra que encierra todo un secreto, y que él ha bosquejado en as hermitas de Espana. Preparados por su palabra, ninguno de sus amigos escapa al poder de este obra rara que ellos llaman el libro misterioso. Dos discípulos han probado ya su atractivo, y estos le pertenecean para siempre. Otros de la misma edad se juntan á los primeros y experimentan á su vez la fascinacion. Estos son Jacobo Lainer, que será mas tarde

[1] El Padre Bouhours, Vida de San Ignacio, pag. 122.

General de la orden, Alfonso Salmeron, Rodriguez de Acevedo, todos Españos ó Portugueses.

Esos jóvenes se reunen un dia en las alturas de Montmartre y delante de su maestro, á la vista de la gran ciudad hacen voto de unirse para ir á Tierra Santa ó ponerse á la disposicion del Papa. Dos años despues esos mismos hombres por caminos diversos entraban á Venecia con un baston en la mano, un saco al hombro, y el "libro misterioso", en las alforas. ¿A donde van? No lo saben: han hecho alianza con un espíritu cuya fuerza lógica los arrastra. Loyola llega á la cita por otro camino. Pensaban embarcarse para las soledades de la Judea; pero en lugar de esas soledades Loyola les muestra el campo del combate en Lutero, Calvin la Iglesia Anglicana y Enrique VIII, que atacan al papismo. Con una sola palabra envia á Xavier á las extremidades del mundo oriental, conservando á los otros ocho discípulos para hacer frente á la Alemania, Inglaterra y la mitad de la Francia y de la Europa conmovidas. A esa señal del Maestro estos ocho hombres parten á ojos cerrados sin contar ni medir á sus adversarios. Está formada la Compañía de Jesus, el Capitán de la Ciudadela de Pamplona los conduce al combate. En el entreyro del siglo XVII se levantó una legión de entre el polvo de los caminos. Este principio es grande, poderoso y orprendente: en él se vé el sello del genio, y no seremos nosotros quienes lo nieguen.

Si este fué el origen de la Compañía de Jesus, remontémonos al momento que pasó á ser su alma, y que encierra lo que Tácito llamaba los "Arcanos del Imperio" *'Arcana Imperii'*. Se ha estudiado el Jesuitismo en su desarrollo, pero segun creo, nadie lo ha presentado en su ideal primitivo. El libro de los "Ejercicios Espirituales" ha fundido sucesiva-

mente á todos los fundadores de la orden en el mismo molde. ¿De donde saca su carácter extraordinario? Trataremos de eso. Llegamos ya á la fuente del espíritu de la Compañía.

Despues de haber pasado por las condiciones del éxtasis, el entusiasmo y la santidad, Loyola con un cálculo cuya profundidad nunca podrá expresar, se propuso sistematizar los experimentos que había logrado hacer sobre si mismo aun cuando estaba poseido por el fuego de las visiones. Aplicó el método del espíritu moderno, el de los físicos, á lo que es superior á todo método humano, al entusiasmo de las cosas divinas. En una palabra, compuso una fisiología, un manual, ó mas bien, la formula del éxtasis y de la santidad.

¿Sabeis en qué se distingue de todos los ascéticos del pasado? — en que ha podido observarse á si mismo fria y lógicamente, analizarse en ese estado de enagenamiento, que en todos los demás excluye la idea misma de reflexion. Imponiendo á sus discípulos como operaciones, actos que en él habían sido espontáneos, le bastan treinta días para quebrantar por este método la voluntad y la razon, á la manera de un ginete que doma su corcel. Solo pide treinta días, "triginta dies", para reducir una alma. Notad que el Jesuitismo se desarrolla al mismo tiempo que la Inquisicion moderna; y que mientras esta dislocaba el cuerpo, los "Ejercicios Espirituales" dislocaban el pensamiento bajo la máquina de Loyola.

Para llegar al estado de Santidad se encuentran en ese libro reglas como estas: "en primer lugar", "trazar sobre un papel líneas de "diversos tamaños que correspondan al tamaño de los pensamientos; "en segundo lugar", "encerrarse en un cuarto cuyas ventanas estén "entornadas ["januis ac fenestris clausis tan "tisper"], etc.; "en quinto lugar" prorrumpir

en exclamaciones («quatum, in exclamatio-  
nem prorrumpere»); en sexto lugar, en la  
«contemplacion del infierno, la cual comprende  
de dos preludios, cinco punto y un colo-  
quio, figurarse que se escuchan quejas y vo-  
ciferaciones, imaginarse tambien el fuego, el  
azufre, el gusano de la conciencia, etc.» Pero  
no son solo las visiones las impuestas: lo que  
no supondrias jamas, es que hasta los suspi-  
ros se encuentran anotados, la respiracion  
marcada; las pausas, los intervalos de silencio  
estan escritos de antemano como en un libro  
de musica. Es preciso que cite, porque no me  
creerias: «Tercer modo de orar, midiendo de  
ejerta manera las palabras y el tiempo de  
silencio [Tertius orandi modus, per quam-  
dum vocum et temporum commesurationem  
(1).» Este medio consiste en omitir algunas  
palabras entre cada aspiracion y cada inspira-  
cion. Y un poco mas adelante dice: «que se  
cuide bien de que los intervalos sean iguales  
entre las aspiraciones, las sofocaciones y las  
terstitia observet»; lo que significa, que el  
hombre inspirado, ó no, no es otra cosa que  
una maquina de suspiros, de sollozos; que de-  
be gemir, llorar, gritar, ahogarse en el instan-  
te preciso, y en el orden en que la experien-  
cia ha demostrado que es mas provechoso hacer  
todo eso.

Asi preparada la educacion, ¿cómo se con-  
cluirá el autómata cristiano? ¿Por qué grados  
se elevará á los dogmas, á los misterios del  
Evangelio? Vais á verlo. Si se trata de un  
ministerio, el preludio (proeludium) antes de  
ninguna otra operacion, consiste en represen-  
tarse cierto lugar material con todas sus de-  
pendencias. ¿Se trata, por ejemplo de la Vir-  
gen?—el modo es figurarse una pequena casa  
(domuncula; ) ¿de la Natividad?—una gruta

una caverna dispuesta de *una* manera cómo  
da ó incómoda; » ¿de una escena de predicacion  
en el Evangelio?—un camino con sus sendas  
mas ó menos escarpadas. ¿Se trata del sudor  
de sangre? es preciso representarse ante to-  
das cosas un jardin de cierto tamaño [certa,  
magnitudine, figura et habitudine]; medir su  
logitud, su latitud y contenido; en cuanto al  
reino de Cristo, figurarse casas de campo, y  
fortalezas (villas et oppida); despues de lo  
cual, lo primero es imaginar un rey humano  
en medio de su pueblo [Punctum primum  
esto proponere mihi ob oculos humanum  
regem (1) ]; dirigirse á ese rey, conversar con  
él, y poco á poco cambiar al rey en Cristo  
sustituir al pueblo, y colocarse asi en el ver-  
dadero reino.

Tal es el método de elevarse á los misterios. Si esto es asi, ved la consecuencia. ¿Par-  
tir siempre de la impresion material, no es  
mostrar hacia el espíritu una desconfianza que  
destruye la naturaleza misma del cristianismo?  
¿no es entrar de incógnita en el reino  
espiritual? ¿y tantas minuciosas precauciones  
para reemplazar el arrebato súbito del alma  
no tendrán necesariamente que degenerar en-  
tre los discípulos en engaños para desconcer-  
tar al jefe del engaño? Qué! el Dios está ahí  
arrodiado y llorando en el sudor de sangre:  
y en vez de trasportarlos fuera de vosotros  
mismos con ese solo pensamiento, os com-  
placeis en mostrarme lo que rodea el recinto  
que os figurais, en medir mezquinalmente lo  
que se encuentra dentro de él, y en trazar  
metódicamente el camino, «viam planam aut  
arduam... Os hallais al pie del Thabor en el  
momento inefable de la transfiguracion: y os  
ocupais de averiguar la forma de la montaña,  
su altura, su ancho y vegetacion... Es este,

(1) "Exercitia Spiritualia p. 200.

(1) Exercitia Spiritualia p. 97.

gran Dios, el Cristianismo de los Apóstoles? ¿es el de los Padres de la Iglesia? No, porque no es el de Jesucristo.

¿Dónde se ve jamas en el Evangelio esta preocupación de arreglo y golpes de teatro? La doctrina es la que habla, no las cosas. El Evangelio pronuncia la palabra, y se ven iluminados los objetos. Loyola hace todo lo contrario. Como él dice muy bien [1], con el auxilio de los sentidos y de los objetos materiales, es como quiere elevarse hasta el espíritu. Se sirve de las sensaciones como de una emboscada para atraer las almas, sembrando ya de este modo el principio de las doctrinas ambiguas, que habrán de desarrollarse con él. En vez de enseñar á Su Dios inmediatamente, solo conduce al hombre á la presencia de Dios, por un sendero desviado. Una vez más, pregunto, ¿es ese el camino recto del Evangelio?

Todo esto dimana de una diferencia más radical entre el Cristianismo de Jesu-Cristo y el Cristianismo de Loyola. Conozco esta diferencia, y os la voy á mostrar.

En el espíritu del Evangelio el Maestro se dá á todos plenamente, sin reserva, sin retenciones; cada discípulo á su vez llega á ser un foco que esparce la vida y la desarrolla á su alrededor, sin que jamas el movimiento se reduzca meramente á la tradición. Loyola por el contrario, con una política cuyo fondo no se agotará jamas, no comunica á sus discípulos sino la menor parte de si mismo, el exterior ó la corteza de su pensamiento. Ha conocido, ha sentido el entusiasmo en su juventud; pero desde que sueña con organizar un poder, no concede ya á nadie ese principio de liber-

tad y de vida; conserva para si el foco, y solo hace partícipes de la ceniza. El se elevó en las alas de los extasis y de los arrebatos diáfanos; pero no autoriza en los otros mas que el yugo del método. Para asegurarse mas de que reinará solo y sin sucesores comienza por destruir en ellos todo lo que ha constituido su grandeza; y como no exige solo para con su Dios un temor filial, sino aun un terror servil, «timor servilis,» no deja al hombre ocasión alguna de levantar la cabeza. El Cristianismo hace Apóstoles, el Jesuitismo instrumentos en vez de discípulos.

Volvamos ya nuestra vista hacia otro lado y si como siempre lo he creído, el alma demasiado fatigada, necesita de alimento, si el pensamiento religioso sopla de nuevo sobre el mundo, si aparece la nueva estrella, no permanezcamos atras, y marchemos delante de ese Dios que se despierta en los corazones

Que otros si así lo quieren se atengan á la letra, corramos nosotros delante del Espíritu. El entusiasmo, único ser creado, que puede renovar las sociedades, no por estar en calma, se halla muerto en la Francia. Que la generación nueva, pues, sobre la cual reposa el porvenir, sin dejarse adormecer de un cuidado demasiado grande por las futilidades, aspire á continuar la tradición de vida; y todos juntos enseñemos, que no toda religión se encuentra exclusiva y únicamente encerrada en el sacerdote, ni toda verdad, en la Catedra Sagrada.

### Lección III.

Constituciones—Fariseísmo cristiano.

[24 de Mayo.]

Gracias á vosotros, no será ya sofosada la libertad de discusión; aquí como en cualquier parte ha bastado mostrar el buen derecho, pa-

[1] Admotis sensuum officiis, Exercitia Spiritualia p. 182, Deinde repetitiones et uuss sensuum velut prius Ibidem p. 167.

ra que aquella haya sido preferida á la violencia. A la primera noticia de que el derecho de examen era publicamente amenazado, ha podido dudarse de una cosa tan singular; pero no bien se ha realizado, cuando todas las opiniones se han reunido en un momento: os habéis apresurado á rodaarnos, y arrastrados por esa fuerza irresistible que nace de la conciencia general, habeis prestado á nuestras palabras el solo apoyo que podríamos desechar. Cualquiera que sea la diversidad de impresiones bajo los otros puntos de vista, nos encontramos confundidos en la misma causa. Ni no nosotros podríamos retroceder un paso, ni vosotros renegarme; he ahí lo que todos habeis sentido. Os agradezco en nombre del derecho y de la libertad de todos: creo que los unos y los otros hemos hecho lo que debíamos.

No os imagineis por otra parte, que mi propósito para en adelante consista en envenenar la materia de mi enseñanza. Muy al contrario, Señores: yo no quiero hoy mas de lo que quería hace un mes, estudiar filosófica e imparcialmente la Compañía de Jesus que encuentro en mi camino, sin poderlo evitar. Agregaré que me hago un deber en estudiarla, no en sus adversarios, tampoco en las obras de sus individuos, pero si en los momentos consagrados que le han dado la vida.

Lo que no puede dejar de impresionaros, es la rapidez con que esta Compañía ha degenerado. ¿Dónde, en verdad, hallaremos nada parecido en ninguna otra orden? El grito público se levanta contra ella desde su cuna. La bula de constitución es de 1540, y ya en 1555 es arrojada la Compañía de una parte de España: en 1578, de los Paises Bajos y de Portugal; en 1594, de toda la Francia; en 1606, de Venecia; en 1622, del reinado de Napoles .... y advertid que solo hablo de los Estados

Católicos. Esta reprobación muestra cuando menos lo precoz que ha sido el mal. Contraido Pascal á los casuistas inmediatos á su época, ha guardado silencio acerca del origen de la Compañía: ese gran nombre de Loyola ha desviado su espada. En el proceso general del siglo XVIII se ha hecho sobre todo comparecer al Jesuitismo de ese siglo. Lo que nos queda que hacer á nosotros tomando en sus raíces, es establecer que esa pronta corrupción era inevitable, pues ella se encontraba en germen en el primer principio, y que era imposible, en fin, al Jesuitismo no dejenerar desde que su naturaleza misma no era otra cosa, que una degeneración del Cristianismo.

Espero haber demostrado imparcialmente al ascético en Ignacio de Loyola: Vamos hoy á ocuparnos del político. Su grande arte consiste en desaparecer en el instante que toca á un fin dado. Cuando se reunió en Venecia su pequeña compañía, y era necesario dar el último paso, ir á Roma á pedir la consagración del Papa, Loyola se guarda bien de aparecer; y envía en su lugar á sus discípulos, hombres seculillos y sumisos á toda autoridad. En cuanto á él se oculta temiendo dar á eonocer en su frente el sello de la omnipotencia. El Papa alhagando á los discípulos cree adquirir instrumentos: ignoraba que acababan de darse un maestro.

Este es un rasgo que tiene Lóyola de comun con Octavio: va á tocar el fin que se ha propuesto en toda su vida y para mejor apoderarse de él, comienza por desecharlo. En el momento en que la Compañía creada por él, lo va á nombrar su jefe, él se reusa; se cree muy pequeño, muy indigno de sobrellevar esa carga; no puede aceptarla: será el ultimo de todos, si sus amigos no lo obligasen á ser el primero! Cuando despues de muchos

años eree que esa autoridad absoluta que se ha hecho imponer, necesita ser renovada, quiere abdicar; y el árbitro de los Papas, el Sobrerano de esa Compañía que á una sola mirada de él recorre la tierra de un polo á otro, ama gaabandonar su ciudad de Tivoli y volver á ser otra vez anacoreta de Manresa. Sus manos son demasiado débiles, su genio demasiado tímido para dar cumplimiento á sus tareas; y fué necesario que de todos los puntos del mundo cristiano los miembros de la Compañía le suplicasen que permaneciese á su cabeza. Y no era por cierto una autoridad suave y benigna la ejercida por Loyola! Sus discípulos, entre otros el grande Francisco Javier, no le escribían sino de rodillas; por haber osado Laynez dirijirle una objecion sobre un punto de detalle, Laynez el alma del concilio de Trento y quien mas tarde habrá de ser su sucesor, tiembla á una palabra del maestro; pide por castigo el abandonar la direccion espiritual del concilio, y emplear el resto de su vida en enseñar á leer á los niños: tal era el imperio de Loyola sobre los suyos. Pero no por eso era menos hábil en renegar sus mismos principios ortodoxos, siempre que desagradasen á los poderosos!.....

Y no son estas ciertamente imágenes prodigadas al acaso en la constitucion: Loyola trata de terminar su vida por ellas, despues de haberlas meditado y repetido; son un intimo secreto de su alma, que revela al morir. Aun cuando quisieramos equivocarnos sobre esto, no podriamos. Es necesario confesar al fin, que hay en todo eso un cristianism enterramente nuevo; porque los milagros del Cristo se dirigian á volver á los muertos á la vida; y los milagros de Loyola tienden á reducir á los vivos á la muerte. La primera y la ultima palabra del Cristo es la vida: la primera y la ultima palabra de Loyola es el ca-

dáver. El Cristo hace salir á Lázaro del sepulcro: Loyola quiere hacer de cada hombre un Lázaro en la tumba. ¿Qué hay entonces de comun entre el Cristo y Loyola?

Sé que algunas personas sinceras no han podido dejar, cuando menos, de asombrarse del caracter de los "Ejercicios Espirituales," y de algunas citas que no he podido menos de hacer. Conozco tambien que el modo que ellas tienen de sustraerse á los reproches, es el de no ver en ese libro sino un código, una ley caida en el desuso, y que de nada vale en la tradicion de la Compañía de Jesus. Pero no me es posible dejarles ese refugio. No: el libro de los "Ejercicios Espirituales," no ha caido en desuso; y es por el contrario, no solo el fundamento de la autoridad de Loyola, sino tambien el de la educacion de toda la Compañía. De lo que se deduce la necesidad de admitir ese libro en todas sus partes, ó si se le rechaza, rechazar junto con él á la Compañía cuyo principio vital él constituye. No queda medio, Señores: porque segun la Compañía esa es la obra inspirada de lo alto: la madre de Dios la ha dictado, «dictante María,» y Loyola no ha hecho mas que transcribirla bajo la inspiracion divina.

Y no se vaya tampoco a imaginar, que he escogido maliciosamente, al examinar esa obra, sus pasajes mas singulares, y que mayor embarazo causan sen á mis adversarios. Yo he extractado solo los puntos serios: los hay ridiculos, en los que ya se advierte el principio de las máximas y subterfugios que ha combatido Pascal. ¿Se creerán, por ejemplo, que Loyola, ese hombre tan rigido en el ascetismo, se viera conducido por su propio sistema á burlar y fingir la maceuracion? Como! hacer escarnio de lo mas espontáneo que hay; de las santas flagelaciones de Magdalena y Francisco de Asis!.... Por mas que me

ueste, para hacer palpar todo el sistema debo citar las palabras del libro fundamental, de los «Ejercicios Espirituales», y no os rialis, porque para mi no hay nada tan triste como esos descarríos. Todo su pensamiento se encuentra en esto: «Sirvamonos en la flagelacion dice Loyola, principalmente de pequeñas disciplinas que hieran el cutis lastimando ligeramente el exterior, sin tocar al interior para no dañar la salud.» [1]

¿Es posible que desde el origen, en la regla ideal, con anterioridad á toda degeneracion falsifique ya sistemáticamente las llagas y cárdenales de los anacoretas y Padres del desier to que castigaban sobre sus espaldas las decepc iones del primer hombre! El martirio solo es impuesto á los santos: lo sé bien. Pero jn-  
gar con el martirio, burlarse del heroismo, fa-  
sificiar la santidad.... ¿quien habria creido  
nunca, que esto fuese posible? ¿quien habria  
creido nunca, que se hallase esto escrito, man-  
dado, ordenado en la ley? ¿No veis nacer de  
ese primer fraude el sangriento castigo, el jus-  
to azote de las «Provinciales?»

Estamos en el centro de la doctrina: siga-  
mos por este mismo camino. El libro de los  
«Ejercicios Espirituales», es la red tendida  
perpetuamente por la Compañía. ¿Pero còmo  
atraera á ella las almas? ¿Y una vez atraidas,  
como las conservará, y les comunicará gra-  
dualmente el deseo de no apartarse de esa su-  
gession, y de fijarse en esa gimnástica exterior?  
¿Como encadenarlas poco á poco sin que se  
aperciban de ello? Nuevo arte de que se trata  
en otra obra casi tan extraordinaria como la  
primera: hablo del «Directorium.» Algunos

años despues de la fundacion de la Compañía sus principales miembros acordaron reunir las experiencias personales que habian hecho sobre la aplicacion del método de Loyola: el general de la Orden, Aquaviva, hombre de una politica consumada, fué el encargado de la redaccion. Fruto de esa idea fué esta segun da obra, igualmente fundamental, y que es á la primera, lo que la práctica es á la teoria. Habeis visto cual fué su principio: ved ahora su «táctica» puesta en accion. Para atraer á alguno á la Compañía, es necesario no obrar bruscamente, «ex abrupto». Preciso es esperar alguna buena ocasion, por ejemplo, que, esa persona se encuentre en un malestar exterior, ó aun, que le vaya «mal en sus negocios», [2]. Se halla tambien una excelente oportunidad en los «mismos vicios.» [2].

En los principios es necesario guardarse bien de presentar como ejemplos á aquellos que desde el primer paso han sido conducidos á entrar en la Orden: por lo menos debe esto «callarse hasta el fin [3]. Si se trata de perso nas de consideracion, y aun de algunos nobles (4), es preciso «no darles los Ejercicios com, pletos: Y en todos los casos siempre es mejor que el instructor se insinúe con esas personas porque se hace todo «secreto mas facilmente» (5). ¿Y por qué tantos secretos en las cosas de Dios?

Con respecto á la gran mayoria, lo prime-  
ro que hay que hacer es reducir á la soledad

— — —  
2 Ut si non bene ei succedant negotia-  
“Directorium» p. 16.

3 Etiam optima est commoditas in ipsis  
vitiis. Yb. p. 17

3 Corté hoc postre mum tacendum. «D  
rectorium» p. 18

4 Et quidam aliquando nobiles Yb. p. 67

5 Quia sic facilis res celatnr Yb. p. 75.

[1] Quare flagellis potissimum utemur ex  
funiculis minutis, que exteriores affligitur par-  
tes non autem adeo interiores, ut valetudi-  
zem adversana causare possint.

de la celda al que está destinado á los ejercicios. Allí, apartado de la vista de los hombres; "y sobre todo de sus amigos" [6] debe ser únicamente visitado por el instructor y por un criado taciturno que solo despegará sus labios para hablar de los objetos de su servicio. En este aislamiento absoluto se pondrán en sus manos los "Ejercicios Espirituales", y en seguida se le abandonará á si mismo. Cada dia el instructor, "instructor", se le presentará un momento para interrumpirle, excitarlo y hacerlo avanzar en ese camino sin salida. Cuando en fin, ha emigrado ya esa alma, y está bien quebrantada; cuando se ha fundido por si sola en el molde de Loyola, y siente que su posición es ya irresistible; cuando se halla suficientemente desarraigada; y cuando, usando del lenguaje del "Directorium", está "sofocada por la agonía" [7], admirad el triunfo de esa diplomacia sagrada....repentinamente varía el papal del instructor: primero impulsaba excitaba, inflamaba; y ahora que todo esta ya hecho, debe mostrar una hábil indiferencia. Nada hay tan profundo, ó mas propiamente, no se ha inventado nada tan infernal, como esa paciencia, esa lentitud, y esa frialdad en el momento mismo en que van á apoderarse de un espíritu que ya no se pertenece á si mismo. "Bueno es, dice el "Directorium", dejarlo entonces que respire un poco" [8]. Cuando ha recobrado hasta cierto punto el aliento [9], es el momento favorable; porque es preciso "no martirizarlo constantemente" [10]. Es decir, que cuando esa alma agoni-

zante se ha abandonado enteramente, le dejais con frialdad la elección [11]; es necesario que en ese momento de descanso conserve precisamente la libertad necesaria para enaguarse para siempre; que vuelva si quiere al mundo, que entre en otro orden si le place; ahora las puertas le están abiertas despues de estar encadenado por los mil lazos con que el instructor lo ha rodeado. Lo maravilloso está en pretender que ese corazón extenuado recobre un resto de libertad para precipitarse por sí en la servidumbre eterna. Reunid todos los recuerdos que podais sobre las combinaciones maquiavélicas<sup>6</sup> y decidme si encontrais en ellas algo inferior á la táctica de esta orden luchando con las almas en particular.

Ya teneis al individuo subyugado ahora se trata de saber en lo que se convierte en el seno de la Compañía,—lo que nos conduce al examen rápido del espíritu de sus «Constituciones» [12] es un rasgo de genio en Loyola el haber principiado por prohibir á sus discípulos la entrada en cargos eclesiásticos: esa palabra sola establece una iglesia dentro de la Iglesia. Prohibiendo á los suyos toda esperanza fuera de la Compañía, sabe que los llenara de infinita ambición en favor de la autoridad de la orden. Puesto que todos están empareados en el instituto de Jesus, es necesario que cada cual trabaje con extraordinaria energía para agrandar, dorar y glorificar su prisión; ninguno será Obispo, Cardenal ni Papa, y todos tendrán su parte en la inmortalidad de la orden. Pero cuan extraña es esta inmortalidad! Siquiera en los «Ejercicios Espirituales» brillan algunos restos del entusiasmo pasado; pero en las «Constituciones» todo es frío, glacial como las entradas de las ca-

6 Maxime familiarium. Yb. p. 39

7 In illa quari agonia suffocatur Yb. p. 223

8 Sinendus est aliquando respirare. Yb. p. 215.

9 Cum deinde quodammodo respirat. Yb. p. 223.

10 Non semper affigatur. Yb. 216.

(11) Electionem.

(12) Regulæ Societatis.

tacumbas, donde están colocados simétricamente multitud de huesos; obras de genio en que se imitan los edificios iluminados por el

Sol de la vida, pero que desgraciadamente están formados de los despojos de los muertos. Una asociacion establecida este modo puede durar mucho tiempo sin gastarse porque desde su origen se la ha privado del gran principio de vida.

Loyola antes de proclamar cada una de sus reglas, la deposita solemnemente durante ocho días en el altar, ya trate de un principio de su institucion, ó de un reglamento de escuela, ya del cargo de enfermero, portero ó jardinero, ó bien del hábito, ó de los misterios de la conciencia: á todas y á cada una de esas cosas dá la misma autoridad sagrada, degradando así las grandes para enaltecer las pequeñas. En su legislacion encontrais la misma confianza del espiritu, que en sus libros ascéticos. Lo que primero se revela en todos los fundadores de instituciones cristianas, es el cristiano, el hombre en si, la criatura de Dios: en la ley de Loyola no se ven mas que padres provinciales, inspectores, rectores, consulares examinadores, censores, procuradores, prefecto de las cosas espirituales, prefecto de salubridad, prefecto, de la biblioteca, del refectorio, vijiladores, económos &c.

Cada uno de estos funcionarios tiene su reglamento especial muy claro y muy positivo es imposible que ninguno de ellos ignore lo que debe hacer en cada hora del dia. ¡Pero es esto suficiente. Si, cuando se tratase de una asociacion temporal exterior; pero no lo es sino en una pequeña parte: cuando se trata de una sociedad realmente cristiana. En efecto, veo empleados admirablemente distribuidos, funcionarios que tienen cada uno su tarea señalada; pero mostradme fuera de eso, al alma cristiana: en medio de tantos

roles, de tantas denominaciones y ocupaciones exteriores, el hombre se me escapa, el cristiano se desvanece.

La vida, moral, espiritual, es tardía en esa ley dejada: de buena fe y sin prevencion, preguntad si quereis á cada página, si es la palabra de Dios la que sirve de fundamento á todos esos andamios; y encontrareis que para que esto fuese así, seria cuando menos necesario que se hallase pronunciado algunas veces el nombre de Dios, y yo aseguro que es el que menos aparece allí. Lo que hallareis será la experiencia del hombre de negocios, rodajes de una extremada complicacion, un sabio arreglo de las personas y de las cosas a regularidad anticipada del Código de procedimientos en vez de las oraciones y de las expansiones que son la substancia de otras reglas. El fundador confia demasiado en las combinaciones industrielas, y muy poco es los recursos del alma: y en esta regla de la Compañía de Jesus todo se encuentra menos la confianza en la palabra y el nombre de Jesu-Cristo,

Tal es el caracter más importante de esta legislacion. Es esta la vez primera en que los santos no se fían ya del poder espiritual de Cristo; y en que para elevar su reino, si valen directamente de cálculos sacados de la politica de los Gabinetes. El espiritu de Carlos V. y de Felipe II sustituye al espiritu del Evangelio.

De este sello de desconfianza, grabado de un modo tan profundo en la obra espiritual de Loyola, deriva necesariamente toda la forma de su institucion. En primer lugar puesto que es el espiritu mismo el sospechoso, resulta que todos los miembros de la comunidad, en vez de sentirse como los primeros cristianos tranquila y fraternalmente unidos en la fe, leben mirarse mutuamente como otras tantas

personas sospechosas. De lo que se deduce que desde la primera página, en lugar de la oración que sirve de introducción y de base á las otras reglas, la delación se halla inscrita como el fundamento de la constitución de Loyola (1.) «Denunciarse mutuamente,» tal es una de las primeras palabras de la regla: y es esta una primera concesión en favor de la Iglesia. La milicia de Loyola no es de aquellas á que arrastrará el entusiasmo á combatir á plena luz por su origen mismo onserá tampoco la legión tebana, será solo la policía instituida del catolicismo. En segundo lugar, si en virtud del mismo principio el alma no es ya el móvil de todo, no puede menos de ser peligrosa, resultando de eso la necesidad de extenuarla bajo el yugo cadavérico de una obediencia, no inteligente sino ciega, «obedientia cœca.» He ahí por qué en las otras órdenes la sumisión nada es si se la compara á esta muerte voluntaria de la conciencia. Que otras corporaciones se distingan por otras virtudes la de la Compañía de Jesús debe ser ante todas cosas la dimisión de si misma. Entre los Trapenses el hombre ha podido conservar un refugio interior en su propio martirio y en su silencio: en los Jesuitas, el alma se ve obligada, aun á pesar suyo, á escaparse á si misma por sorpresa, y á apocarse en medio de las tramas de las ocupaciones exteriores.

Otra consecuencia, que es un consecuorio de las dos primeras, es la necesidad sistemática de reprimir los grandes instintos y de dar pábulo á los pequeños. Se ha hecho la observación, de que la Compañía de Jesús, tan fecunda en hombres hábiles, no ha producido un solo hombre grande después de Loyola:

[1] Manifestare de se invicem. Quiccumque per quemvis manifestentur. Reg. Soc. p. 2.

Hé aquí una razón irrecusable de este hecho, el orgullo altamente castellano de Loyola le infundió la persuasión de que sus discípulos serían incapaces de soportar como él las pruebas de la lucha y del entusiasmo; y por eso trató de sofocar en los suyos esas heroicas expansiones á que él debió su poder. No entraré á examinar si es, ó no, conforme con el Evangelio este orgullo del Santo Español: lo que si digo es, que privando á los suyos de los inconvenientes del entusiasmo y del heroísmo divino, ha impedido que ninguno de ellos pudiese elevarse á su altura; siendo de advertir que afiliarse á su ley, no es otra cosa que hacer voto de mediocridad moral.

Representaos por un momento á un gran Poeta, á Dante, por ejemplo, que quiere formar una escuela, y prevenir desde luego a sus discípulos contra los peligros de la sensibilidad, de la imaginación y de las pasiones poéticas: haría precisamente lo mismo que ha hecho Ignacio de Loyola. En las otras órdenes se ven hombres que han igualado á sus fundadores, la vida se aumenta aun en ellas de generación. El Dominicano Santo Tomás es mas grande que Santo Domingo: pero quien ha oido nunca bablar, en la Compañía de Jesús, de un hombre que haya excedido ni aun igualado á su fundador. Esto es imposible por la naturaleza de las cosas.

Agregad á esto la siguiente consideración que resume lo que precede. La orden de Jesús represe ta exactamente en su desarrollo la historia personal de Ignacio de Loyola. Al principio sus primeros discípulos, los San Francisco Xaveir, los Borgia, los Rodríguez y Bobadilla están poseídos de ese fuego que ha sacado el maestro, de la soledad de la gruta de Manresa: un genio entusiástico los conduce. A contar de la segunda generación todo ha cambiado ya: la política glacial de Loyola

en su madurez, se ha transmitido al alma de los Aquaviva y sus sucesores: ó hablando con mas precision, es el alma del mismo Loyola la que parece irse enfriando y congelando en la vez mas en las venas de la Compañía de Jesus. La Compañía copia á su autor hace tres siglos, y hoy la orden moribundo, y levantándose como él cuando se le creia ya fallecido, la palabra que pronuncia en medio de su agonía, es tambien la última palabra de Loyola, «la dominacion, la obediencia ciega, obedientia coeca;» que la humanidad se someta como un baston en la mano de un viejo, «ut sens baculus! Tal es el testamento del fundador, y tambien el ultimo voto de la Compañía.

Siguiendo la misma serie de ideas, no me será difícil demostrar como de ese mismo principio altamente negativo, de esa falta de confianza en el espíritu, ha resultado la «Teoria de los casos de conciencia,» que es para muchos el rasgo característico del Jesuitismo. Debia el principio de Loyola producir y desarrollar necesariamente ese instinto de «procedimiento» aplicado á la conciencia. En electo, desde el momento en que se desconfia del alma, y en que el grito de la conciencia no entra para nada, es necesario escribirlo todo. La palabra escrita se instala en el lugar de la palabra interior; y la regla de los doctores debe forzosamente reemplazar el verbo y la luz, hechos para iluminar á cada hombre que viene al mundo. Cuanto menos vida tiene una sociedad, tanto mayor es el numero de sus ordenanzas, decretos y leyes que se contradicen y chocan. Aplicad esto á la vida religiosa, y vereis el dédalo en que os engolfais. Como el alma no tiene ya el derecho de juzgarlo todo con una de esas palabras soberanas, escritas por Dios mismo, y que sale de las entrañas intimas del hombre, las reglas

traen otras reglas, las decisiones otras decisiones, sin que sea posible que bajo semejantes andamios de contradicciones el instinto moral permanezca sofocado. Por un trastorno inconcebible, y no es sino la consecuencia del mismo principio, no es ya tampoco la ley religiosa la que por su simplicidad domina á la ley civil. Antes por el contrario, es la ley religiosa la que miserable y vergonzosamente se ocupa de incitar, de falsificar, ¿qué?— las leyes de los «procedimientos,» las sutilizas de la chicana la que tesgiversada y degredada de su unidad sublime, llega á calcarse en la forma, en el metodo y argucias de los Tribunales escolásticos.

¿Os parece estar demasiado degradada la religión? En el lugar del sacerdote veo al Abogadoutilizador del Tribunal de Dios. Pues bien! es preciso descender todavía, porque en el camino no se retrocede. La jurisprudencia de la escolástica se hallaba al menos atenuada por un fondo de equidad que impedia al juez precipitarse voluntariamente en el absurdo; el sacerdote poniéndose á retaguardia de los «procedimientos» de la Edad Media se ha condenado á ponerse en una escala infinitamente mas baja. No fiandose ya del instinto moral en su sencillez divina, ni poseyendo tampoco la independencia racional del Jurisconsulto, ¡á donde puede dirijirse un hombre con esa conciencia voluntariamente muda, con esa razón voluntariamente ciega? ¡á donde podrá ir á parar que no sea á ese camino de azar y probabilidad, en que trastornando en las tinieblas la noción del bien y la del mal, y escapandose cada vez mas toda verdad en ese abismo monstruoso, propio tan solo para adormecer el remordimiento prevé á menudo, imagina, se avanza y establese en teoría el crimen imposible?

No os admiréis, pues, de que la dejenera-

cion haya sido tan ràpida desde que se hallaba incluida en el ideal mismo de la Compañia. Si quisiese, podria dar á este proposito testimonios extraños. Escuchad esa confesion terrible que se escapa á uno de los dicipulos de Loyola, á uno de los que mas inmediatos se hallan á su espíritu, á uno de sus contemporáneos, Mariana! No soy yo el que hablo, sino uno de los miembros del instituto de Jesus despues de cincuenta años de comunidad. «Toda nuestra institucion [dice] no parece tener otro fin, que el de ocultar debajo de tierra las malas acciones, y sustraerlas al conociimiento de los hombres [1]» Podria agregar á esta confesion, otras osombrosas que ha olvidado Pascal, sobre el modo de captarse la benevolencia de los principes, de las viudas, de los jovenes nobles y opulentos iria hasta muy lejos por ese camino; pero basta....

No hay ciertamente necesidad de decir lo que os liga á esta discusion.. no es ni la relacion que ella tiene con los tiempos en que vivimos, ni la curiosidad del escandalo: lo que es interesa es, que esta cuestion en si misma es grande, universal: dejemosle este caracter. Es la cuestion de la realidad y de la experien-cia, de lo verdadero y de lo falso, del espíritu y la letra. Desde que una doctrina trata de falsificar la vida que ha perdido, encontrais al punto el principio y el elemento de una especie de Jesuitismo, tanto entre los antiguos, como entre los modernos. No me seria dificil demostrar, que toda religion ha producido tarde ó temprano su Jesuitismo, que no es otra cosa que la dejeneracion.

Sin salir de nuestra tradicion, los Fariseos son los Jesuitas del Mosiasmo, como los Je-

suitas son los fariseos del Cristianismo. ¿No dudaban tambien del espíritu los Fariseos? ¿no preguntaban:—¿que es eso de espíritu? ¿no eran los encarnizados defensores de la letra? ¿el Cristo no los comparaba con sepulcros? y no es esta tambien la comparacion que mas agrada á los nuestros en sus Constituciones?

Si todo esto es cierto, ¿donde pues está la diferencia? Y si no hay diferencia, es el Cristo el que lo ha decidido al maldecir á los Escribas y á los doctores de la ley. Guardaos pues [aqui me dirijo á los que separados de mi, me manifiestau mas aversion] guardaos de encerráros vivos en esos sepulcros porque os arrepentirias cuando ya fuese tarde. Todavia tenemos grandes cosas que hacer, permaneced pues en el campo en que el espíritu combate, donde se halla el peligro, la vida y la recompensa. No os perdais, no os sepulteis en esas atacumbas: á bien que sabeis lo mismo que yo, que Dios no es el Dios de los muertos sino el Dios de los vivos.

Si es necesario concederé por un momento, que á fines de la Edad Media algunas almas arrebatadas por un exceso de ascetismo; se hayan visto obligadas á entrar en esta regla árida y glacial. Admitiré que esos vuelos de la Edad Media, rápidamente sugetados por un método opresor, se hayan convertido sino en grandes pensamientos, al menos en empresas atrevidas. Pero en nuestros dias, en 1843, ¿que viene á hacer al mundo esa doctrina? ¿que nos dá que no poscamos en bastante abundancia? Lo que principalmente anhelamos es la sinceridad y la franqueza, y esa doctrina nos trae la tactica y la estrategia, como si no hubiese bastante estrategia y táctica en la marcha visible de los negocios! No podemos vivir sin libertad: y ella nos trae la dependencia absoluta, como si todavia no tuviesen bastantes trabas todas las cosas. Necesitamos el

[1] *Totum regimen nostrum videtur hunc habere scopum ut malefacta injecta terra occultentur, et hominum notitise subststrahatur.*

sentido espiritual, grande, poderoso, abierto para todo y regenerador; y ella nos trae el sentido estrecho, pequeño y material, como si no hubiera bastante materialismo en el siglo. Necesitamos la vida; y ella nos trae la letra. En una palabra, solo trae al mundo aquello en que este rebosa; y he ahí la razón por que el mundo rechaza lo que le trae esa doctrina.

Considerad por otra parte, que si hay un país en la tierra, cuyo temperamento sea incompatible con el de la Compañía de Jesús, ese es la Francia. Entre todos los primeros generales de la orden, entre todos los que la han dirigido no se halla ningún francés. Nadie ha comunicado el espíritu de nuestro país á esa combinación de la fomentación de la España y del maquiavelismo y de la Italia en el siglo XVI. Comprendo que donde esa combinación ha hecho raíces, aunque combatida por el instinto del público, el espíritu de la constitución haya podido producir hombres de estado, controversistas, como Mariana Bellaminio y Aquaviva. Pero entre nosotros es una planta exótica, estéril por sí misma, y que solo sirve para esterilizar el suelo. Observad y vereis como aquí todo lo contrario y se le opone. Si algo valemos en el mundo, lo debemos á la espontaneidad de nuestro carácter; y esa institución es enteramente opuesta á él; á la lealtad casi indirecta, para nuestros enemigos; y á ella le sucede todo lo contrario; á la rectitud del espíritu; y ella sutiliza, y sus intenciones son fraudulentas; á cierta predisposición de apasionados por las causas agenas mientras que ella no se ocupa más que de la suya. En fin si algo valemos lo debemos al poder de nuestra alma, y justamente del alma es de lo que esa asociación desconfia.

¿Que quieren que hagamos de una institución cuya tarea consiste en repudiar cada ca-

da uno de los caracteres y hasta la misión misma que Dios ha dado á nuestro país? Ahora veo que no solo se trata, como antes dije, del espíritu de la Revolución. ¿De qué se trata pues? Se trata de la existencia del espíritu francés tal como ha sido siempre; se trata de la lucha de dos cosas incompatibles, de las cuales necesariamente la una debe sofocar á la otra; porque, ó el Jesuitismo ha de abolir el espíritu de la Francia, ó la Francia el espíritu del Jesuitismo; este es el resultado de cuanto acabo de decir.

No es culpa nuestra si en el camino que hemos tomado nos vemos obligados á cuidar de que no se cambien los papeles que cada cual debe presentar. Nuestra fuerza consiste en la libertad de nuestra situación, y si por un evento se la interpreta mal en un lugar (1) desde donde se habla á toda la Francia, debemos hacer una explicación a esas palabras que caen de tan alto. Se nos acusa de perseguir á una fantasma. Facil sería contestar que nosotros nada perseguimos, y que lo que únicamente hemos hecho ha sido referir el pasado. Pero ya que se trata de una fantasma, ¿por qué, pues, tantos odios, y tantos esfuerzos para impedir hasta que se pronuncie su nombre? Si el Jesuitismo ha muerto, ¿para qué emplear tanta violencia? Y si vive, ¿para qué renegar de él? ¿Para qué? por que hoy, como siempre, se ha apresurado demasiado á aparecer, porque su misma impaciencia lo ha traicionado, y porque al hacerse presente ha corrido riesgo de perderse, mas nuestra tarea no habrá sido inútil desde que haya servido para ponerlo á descubierto; y en adelante ya no es tiempo de desdecirse.

Lo único que me asombra, es el que se nos

[1] Cámara de Diputados - Sesión 27 de Mayo.

haya acusado de atentar contra la libertad de y fué la que mas gloria le dió. Reunir el la enseñanza, por haber mantenido la libertad de discusion. ¡Con que somos nosotros los violentos, los intollerantes! ¡quien lo habria creido? Violentos, por que nos hemos defendido. intollerantes, por que no hemos sido exclusistas! Es preciso confesar que aqui todo es extraño. ¡La tolerancia que se exige es por ventura la de condenar, la de fulminar sin que nadie tenga que contestar? ¡Es ese privilegio del anatema, el derecho comun que se reclama? Deberia al menos hablar claro y decirlo.

¡A que tantos giros cuando la cuestion puede espresarse en una sola palabra! ¡Desprovista hoy la Francia de toda asociacion, puede acaso abandonar su porvenir á una asociacion extrangera, poderosa, natural y necesariamente enemiga de la Francia? Sin tantos rodeos, diré, señores, que veo en el pasado al Jesuitismo apoderarse del espíritu para martirizarlo, decia moral para desmoralizarlo, y yo deseo ardientemente que nadie se apedere hoy de la libertad para extinguirla.

Lea de esto lo que quiera, proporcionemos el placer de considerar nuestra materia en sus relaciones mas estensas y mas generales. El Jesuitismo en su origen se impuso por traer el sofocar la idolatria y el protestantismo. Veamos como ha llevado á cabo la primera de esas empresas.

En el instante del descubrimiento de la America y del Asia Oriental, la primera idea de las ordenes religiosas fue la de reducir á esos mundos nuevos á la unidad de la fe cristiana. Dominicanos, Franciscanos, Agustinos, marcharon desde luego por esa senda; peor cansados de abarcar el mundo antiguo, sus fuerzas no eran ya suficientes para tender los brazos al mundo moderno. La Compañia de Jesus, apenas formada, se lanzó á esa carrera,

y fué la que mas gloria le dió. Reunir el Oriente y el Occidente, el Norte y el Medio-dia; establecer la solidaridad moral del globo; verificar la unidad prometida por los Profetas jamas había concebido el genio del hombre empresa mas atrevida. Para llegar al fin habria sido necesario poseer la vida todopoderosa del Cristianismo en su origen. ¡Podian ser capaces de consumar este milagro las doctrinas dominantes de la Compañia de Jesus? Por primera vez esas pablaciones desconocidas iban á hallarse en contacto con el Cristianismo: ese instante no podia dejar de ejercer una influencia incalculable sobre el porvenir. La Compañia de Jesus poniendose á vanguardia, podia decidir ó comprometer la alianza universal: ¡Cual de estas dos cosas sucedió?

Al volver á hallar al Asia Oriental, descubrió el Cristianismo la cosa mas rara del mundo, una especie de Catolicismo particular del Oriente, una religion llena de analogias extreiores con la de la Corte de Roma; un paganismus investido de todas las formas y de muchos de los dogmas del Papismo; un Dios nacido de una Virgen encarnado para la salvacion de los hombres, una Trinidad, monasterios, conventos innumerables, anacoretas entregados á la penitencia, á increibles flagelaciones, en una palabra, toda la parte esterior de la vida religiosa en la europa de la Edad Media, hermitas, relicarios, caballeria, y á la cabeza, de todo esto, una especie de Papa, que sin mandar impone su autoridad infalible como la del mismo Dios. ¡Que hará pues el Catolicismo de la Europa al encontrarse cara con este Catolicismo indiano? ¡Lo considerará como la degeneracion de un principio en otro tiempo, eomun á ambos? ¡O lo tomará mas bien como una imitacion de la verdad falsificada caprichosamente por el Demonio!

Las probabilidades de alianza religiosa eran muy diversas segun la solucion que se reservaba á este extraño problema.

La Compañía de Jesus fué en esta empresa en el Asia lo mismo que había sido en Europa: reprodujo allí también, en la historia de sus Misiones, las diferentes faces del carácter de su autor. El precursor que la introdujo en las Indias fué Francisco Javier de Navarra uno de los primeros que habían recibido el impulso de Loyola. Nacido como él, de una familia antigua, había abandonado el lecho paterno por llegar á París á estudiar la filosofía y la teología. En Santa Barbora le comunicó Loyola el entusiasmo de su juventud. Javier no tuvo nunca conciencia de la revolución que reemplazó en el espíritu del fundor, al hermitaño por el político. Enviado á Portugal y de allí á las Indias, aun antes que estuviese reconocida la Compañía, conservó el espíritu del heroísmo, sin casi ninguna mezcla de cálculo humano. Cuando se leen en sus cartas palabras como estas: «Medid todas vuestras palabras y vuestras acciones con vuestros amigos como si debiesen llegar á ser un día vuestros enemigos y delatores»—no puede uno menos de reconocer uno de los últimos consejos de Loyola, caídos en ese corazón transparente.

Por lo demás será un cuadro enteramente bello, el de este hombre que jóven aun, sale de ese brillante castillo de Navarra, y solo y á la ventura va á andar errante por las costas del Malabar. En esa India maravillosa solo se fija desde luego en los que viven fuera de las ciudades, en las casas miserables, en los proscriptos, en los párias en los niños. Desde que se pone el sol, se le vé ir con una campanilla diciendo de choza en choza: «Buena gente rogad á Dios.» Toca la fuente de la ciencia oriental, y no la vé; cree no tener mas que almas de niños que vencer, mientras que se

encuentra ya rodeado por los cólegas de los Brahmes. En esta Santa ignorancia, pide que se le envíen Sacerdotes que no sirvan ni para confesar, ni para predicar, ni para enseñar, y que cuando mucho puedan saber brutalizar. En el nombre del Cristo niño, Javier se abre un camino invisible hasta el Cabo de Comorin; toma posesión de infinitos desiertos, de mares sin orillas, escapando por la magnificencia de los objetos, á las limitadas influencias de la regla de Loyola: las poblaciones que atraviesa lo miran como santo, y esta es en todas partes su salvaguardia.

Del Cabo Comorin se embarca y atraviesa, en una pequeña falúa el gran mar de las Indias. Conducido, como efectivamente lo cree, por el viento del Santo Espíritu, llega á las Molucas, y después de innumerables trabajos al Japón. En este extremo del Oriente, halla por primera vez resistencia, no tan solo en las inteligencias brutas sino en una religión completamente armada, en el budismo y sus tradiciones vivas. Pero lejos de dejarse desconcertar se pone á discutir en un idioma del que apenas conoce algunas palabras, ó más bien es su aire, su sinceridad y su fe, las que hablan y las que atraen; su alma habita la religión de los milagros. Mas esta isla del Japón es ya demasiado pequeña para un amor tan grande de proselitismo: en China, en ese mundo errado, es donde trata él de penetrar á toda costa. Se hace llevar á la isla de Sancham, la más inmediata al continente. A los pocos días un barquero se encarga de llevárselo durante la noche y colocarlo á la entrada de la puerta cantón su fe coronará la obra. Conducido por el barquero, la espera y la impaciencia lo oprime en la puerta del grande imperio Ved ahí hasta donde ha llegado el entusiasmo de un hombre aislado, sin apoyo, sin compañeros, sin esperanza próxima en la

Compañía. Esta fè, y solo ella, es la que sirve de nureola y lo preserva, y le abre todos los caminos. Pueblos extrangeros que no comprenden su idioma, ven en su rostro el sello del hombre de Dios: aun á su pesar, lo reconocen y lo saludan. La fascinacion se comunica: un solo hombre se ha allegado á estas riberas, y hay ya una Asia cristiana. Ahora, despues de la santidad de uno solo, falta ver lo que han podido hacer el cálculo y el engaño apoyados en la concurrencia de un crecido número.

En esta senda practicada por el entusiasmo de Xavier, veo lanzarse otra generacion de misioneros que llevan consigo el libro de las «Constituciones, un Código» de máximas e instrucciones profundamente estudiadas.

Si toda esta politica debe concurrir al establecimiento de la religion, ¿será al menos el dogma lo que va á presentarse á la creencia de los pueblos nuevos? ¿el término de tantos rodeos será la imposicion del Evangelio por sorpresa? Aquí la estratagema aparece en toda su magnitud. Ha querido seriamente hacer caer todo el mundo oriental en el mayor lazo que se le ha tendido, han creido que esas poblaciones inmensas con sus religiones estables y su experiencia de tantos siglos se precipitarian por sí mismas ante la emboscada; y les han presentado un Evangelio falso creyendo que siempre habria tiempo para volverlas al verdadero. Desde el Japon hasta el Malabar; desde el Archipiélago de las Molucas hasta las márgenes del Indo, han querido envolver las islas y los continentes con un lazo traidor, presentando á este otro universo un Dios falso en una iglesia falsa: y no soy yo quien asi habla, sino las autoridades supremas los Papas, los Inocencio X, Clemente IX, Clemente XII, Benedicto XIII, Benedicto XIV, que en una larga y no interrumpida serie de decretos,

cartas, breves y bulas han procurado siempre en vano reducir á lo misioneros de la Compañía de Jesus al espíritu del Evangelio. Es un hecho muy notable, y que manifiesta la fuerza del sistema, el que los mismos hombres que fueron formados para el sostenimiento del papismo, desde que están fuera de su alcance, se sublevan contra los decretos expedidos por él, con mas fuerza que todas las demás órdenes juntas. Y si en estas lejanas comarcas no se ha abolido el papismo y aun el Cristianismo no ha sido porque los Jesuitas no hayan puesto los medios de conseguirlo.

—Pero qué variaciones introducian en el cristianismo? ¿lo impregnaban de otra vida, lo acomodaban á las costumbres, al clima ó á las necesidades de un mundo nuevo? No: ¿qué variaciones eran, pues, las introducidas? A la verdad que eran poco importantes. Estos hombres de la Compañía de Jesus, al enseñar el Cristo, solo ocultaban una cosa, la pasion, el dolor, el calvario. Estos cristianos solo renegaban... de la cruz: «illos pudet Christum passum et crucifixum proedicare.» Se avergüenzan de mostrar el Cristo de la pasion y de la crucifixion (Estas son las palabras de la Congregacion de los Cardenales y del Papa Inocencio X]; y si alguna vez llegan á servirse de la cruz, la ocultan de tal modo bajo las flores esparciadas á los pies de los ídolos, que al adorar á estos en público su adoracion se pueda referir al objeto oculto. Ahí tenéis las estratagemas con que creen ganar imperios e innumerables pueblos. En el pais de las perlas y piedras preciosas estos hombres de pura exterioridad creen hacer una maravilla, para atraerse las almas, con no mostrar mas que un Cristo triunfante en medio de los presentes de los Reyes Magos, reservándose para despues de consumada la conversion y recibido el bautismo, el decir hasta cierto grado la

verdad. Para obligarlos á renunciar á esta práctica insensata á que los conduce su sistema, se necesitan decretos sobre decretos, mandamientos sobre mandamientos, bulas sobre bulas, y como las cartas no basten, es necesario que el papismo se presente, por decirlo así, en persona. Se envia un prelado francés, el Cardenal de Tournon, para que repreima ese Cristianismo sin cruz, ese Evangelio sin Pasión, pero apenas llega la Compañía lo sepulta en una cárcel donde muere de sorpresa y de dolor.

Por otra parte, una vez mutilado así el dogma, inmediatamente su aplicación se hace sentir. Si es necesario renegar al Cristo pobre, desnudo y cuando sufre, ¿qué se sigue de aquí?—que es también preciso renegar de los pobres, de las clases proscritas y sacrificadas, de aquí también [pues es imposible retroceder ante esta lógica] el rehusarse á administrar los sacramentos á los miserables, á las clases consideradas como enfermas, á los parias [1]. Tales son en efecto las consecuencias. Apesar de la autoridad y de las amenazas, contenidas en los decretos de 1645 de Inocencio X de 1669 de Clemente IX, de 1734 y 1739 de Clemente XII, de la Bula de 1745 de Benedicto XIV, los Jesuitas se obstinan en la monstruosidad de excluir del Cristianismo á los miserables, es decir, á aquellos para quienes precisamente han sido enviados.

Ved aquí la condenación que el Vicario Apostólico de Clemente XI pronuncia en 1704 en Pondicheri acerca de esto: "Nosotros [dice] no podemos sufrir que los médicos del alma se rehusen á emplear con los hombres de baja condición los deberes de caridad que no les rehusan ni los mismos médicos paga-

nos, "medici gentiles". Los términos en que se expresa Benedicto XIV en 1727 hacen tal vez palpar más vivamente aun ese encarnizamiento de los misioneros en no hacer caso de los miserables, por los cuales había comenzado San Francisco Xavier. "Queremos y ordenamos [dice] que el decreto acerca de la administración de los Santos Sacramentos á los moribundos de condición baja, á quienes llaman parias, sea en fin observado y ejecutados sin más demora, "ulteriori dilatione remota". Lo cual no impidió que veinte años después el papismo se viese obligado á fulminar de nuevo, y así sucesivamente, hasta la abolición de la Compañía. Y como se ve, estas no son meras prevenciones, aserciones de odio, sino hechos dependientes de la autoridad ante la cual nuestros adversarios no podrán menos de inclinar la cabeza.

Ahora pido que se me conteste, ¿son estas naciones cristianas ó son misiones paganas? Y en cualquier caso, ¿qué es lo que han conservado del espíritu del Evangelio? Los apóstoles de Cristo hallaron también al salir de la Judea un mundo nuevo para ellos, rico orgulloso, sensual, lleno de oro y de joyas, y sobre todo enemigo de los esclavos. Pero hubo por ventura uno solo de esos hombres, que á presencia del esplendor griego y romano, imaginase disimular la doctrina, ocultar la cruz delante del triunfo de la sensualidad pagana? en medio de ese mundo de patricios, ¿hubo uno solo que renegase de los esclavos? antes al contrario, lo q' ellos hicieron resaltar sobre todo fué la paz de esa fastuosa sociedad, fué el Dios padeciendo, el Cristo martirizado, el eterno plebeyo en el pesebre de Belén. Lo que los Pedros y los Pablos mostraron á Roma en medio de su embriaguez, fué el cáliz del Calvario, con la hiel y el hisopo del Gólgota. y por eso es que ellos vencieron. ¿Que nece:

(1) *Infirmis etiam objectoee et infirmoee*

sidad tenia Roma, de un Dios cubierto de oro y de poder? Esta imagen de la fuerza se le habia presentado mil veces; pero ser la dueña del mundo, nadar en las riquezas del Oriente, y hallar un Dios desnudo, azotado, que trata de ganarla por medio de la cruz del esclavo: hé ahí lo que la asombra, la confunde y acaba de subyugarla.

Suponed, que en vez de esto, los apostoles, los misioneros de la Judea hubiesen intentado ganar el mundo por sorpresa, amoldarse á él, no enseñar del Evangelio sino la parte análoga al paganismo; que hubiesen ocultado el sepulcro y el Calvario á los voluptuosos de Grecia y Roma; que en lugar de hacer oír á la tierra la palabra en toda su integridad, no hubiesen dejado escuchar sino aquello que debia agradar á la tierra; en una palabra imagináos que los apostoles en sus misiones hubiesen observado la misma politica que los misioneros de la Compañía de Jesus, digo que ellos habrian obtenido por resultado de sus empresas cerca del mundo romano, el mismo exito que los Jesuitas cerca del Oriental: es decir, que despues de un resultado momentaneo, conseguido por sorpresa, habrian sido bien pronto arrojados y estirpados de la sociedad en la que hubiesen planteado sus emboscadas. Los principes habilmente prestigiados habrian podido prestar atencion por un instante; pero no se habrian visto las almas de tantos patricios, de tantas matronas romanas arraigarse en el Evangelio hasta el punto de desafiar todas las tempestades. Algunas bellas inteligencias habrian sido atraidas por una promesa de felicidad destituida del dolor con que se paga; pero los esclavos renegados o habrian acudido á la voz del Dios esclavo. Politica por politica la de Tiberio y Dominicano indudablemente hubiese valido tanto como la que se le opusiese. Los ardides del mundo introducidos

en el Evangelio, sin engañar al mundo, habrian secado el Evangelio en su origen; y el resultado de tantas estratagemas habria sido frustrar las esperanzas de la tierra, alternativamente engañada y desengañada por haberse corrompido al Cristo.

Tal es, rasgo por rasgo, la historia de la Compañía de Jesus en sus célebres misiones del Oriente. Demasiado acostumbrados estamos en estos tiempos á creer que el engaño lo puede todo en el exito de los negocios: y asi que se le aplica á la grande escala de la humanidad, ved el resultado. Seguid esas vastas empresas en las costas de Malabar, en China y sobre todo en el Japon Leed, estudiad esos acontecimientos en los escritores de la orden, y comparad luego el proyecto con la virificacion de él. La historia de esas misiones es mui uniforme en si misma; en el principio se presentaron faciles sucesos, el Jefe del pais, el emperador fué desde luego ganado, seducido, asegurado; una parte de la poblacion sigue la conversion de su jefe. Mas, luego, en un momento dado ese mismo jefe reconoce ó cree reconocer una impostura; de aqui resulta una reaccion tanto mas violenta, cuanto mas ilimitada habia sido en un principio la confianza: la poblacion que defeciona al mismo tiempo que su jefe; la persecucion que desarraigas las almas verdaderamente ganadas, la mision ahuyenta sin dejar casi vestigios; el Evangelio comprometido, encallado en una playa maldita que queda para siempre desierta: tal es el resumsn de todas estas historias.

Y sin embargo, ¿quien podrá leerlas sin admiracion? ¡Cuanta habilidad! ¡qué de recursos en ese espíritu! cuanta ciencia de detalle! cuanto valor! Muy mal se me conoce, Señores, si se me cree incapaz de apasionarme de todas esas cosas: ¡qué herejismo en los particulares! qué obediencia en los inferiores! qué

combinaciones las de los Superiores! Es imposible en efecto, llevar mas lejos la paciencia, el fervor y la audacia!

Pues bien, lo que es mas sorprendente todavía, es que tantos trabajos y tantos sacrificios asociados, hayan concluido por no producir nada! ¿como ha podido suceder esto? porque si los individuos eran idóneos, las máximas del cuerpo eran fatales. ¿Se ha visto jamás algo parecido? juanto mas digna de piedad que de cólera es esta Compañía! ¿Quién ha trabajado mas y recogido menos que ella? Ha sembrado en la arena; por haber introducido el engaño en el Evangelio, ella ha sufrido el castigo mas extraordinario que pueda recibirse en el mundo, y este castigo es el de trabajar siempre, y no recoger jamás. Lo que edifica con una mano en nombre del Evangelio, lo demuele con la otra en nombre de la política. Ella es la única que haya podido recibir esta extraña ley: producir mártires, y que la sangre de sus mártires no produzca sino zarzas.

¿Dónde están en ese inmenso Oriente sus establecimientos, sus colonias, sus conquistas espirituales? ¿Qué queda de ella en medio de esas islas poderosas donde reinó un momento? ¿quien se acuerda de ella? A pesar de tantas virtudes privadas, y de tanta sangre valerosamente derramada, el seplo del engaño lo ha saturado todo, y todo lo ha disipado. Yntroducido el Evangelio por medio de un espíritu que le es contrario, no ha querido crecer y florecer; y antes que apoyar doctrinas enemigas, ha preferido mas bien desecarse él mismo. He ahí lo que ha producido esa emboscada dirigida á envolver el mundo entero.

Pero yo oigo decir: Ellos han hecho sin embargo, una gran cosa en Oriente—Si: ¡hablais de que han abierto el camino á la Yngla-

terra? Pues bien: ahí es donde los esperaba. Fijaos bien en esto: Los misioneros de la Compañía de Jesus, los mensajeros, los defensores, los héroes del Catolicismo han abierto el camino al protestantismo! los representantes del papismo, han preparado en un extremo del mundo las sendas por donde debían marchar Calvino y Luther! ¿no es esto una maldición de la Providencia? Cuando menos es un exceso de miseria, digno de la piedad de sus mayores enemigos! [Aplausos.]

Pero este castigo no se les ha infligido solamente en el Asia Oriental: en todas partes veo á estos hábiles peritos de emboscadas, caer en sus propias redes. Se ha dicho que sus adversarios mas poderosos, los Voltaire, los Diderot, han salido de sus escuelas. Y esto es igualmente cierto si lo aplicais no á los individuos sino á territorios enteros. Seguidlos en los vastos desiertos de la Luisiana y de toda la América del Norte, que es una de sus mejores campos de victoria.

Allí tambien otros Francisco Xavier, enviados de órden de su superior, se internan aislada y silenciosamente por entre los lagos y bosques todavía no recorridos. Se embarcan allí en la canoa del salvaje; siguen con él curso de sus misteriosos ríos; allí tambien siembran el Evangelio, pero una vez mas un viento de cólera dispersa esa semilla antes de haber podido germinar. El genio de la Compañía marcha en secreto detrás de cada uno de sus misioneros, y esteriliza el suelo á medida que ellos lo cultivan. Despues de un insgante de experiencia, desaparece todo impelido por no se sabe que poder. La época feliz de esta cristiandad salvaje es hacia mediados del siglo XVII: en 1722 el Padre Charlevoix viene á seguir las huellas de los misioneros de la Compañía de Jesus; halla apenas algunos vestigios, resultando otra vez aun, que esost

defensores del Catolicismo no han trabajado sino para sus enemigos; y que estos pretendidos apostoles del papismo han allanado el camino al protestantismo que los rodean antes que se aperciban de ello. Al salir de los profundos bosques, donde han luchado con los Yndios á fuerza de estratagemas, creen haber edificado para Roma, mientras solo han edificado para los Estados Unidos: y esta vez como otras la política de la Providencia quiso que el engaño se rebelase contra el engaño.

Sin embargo, ha sido dado á la Compañía de Jesos el realizar una vez en un pueblo el ideal de sus doctrinas. Durante ciento cincuenta años ha llegado á hacer inocular todo su principio en la organización del Paraguay: en esta aplicación política, podeis juzgarla en cuanto ella tiene de mas grande. En Europa, en Asia, ha sido mas ó menos contrariada por los poderes existentes; pero he ahí que en el seno de los desiertos de la América meridional, le es concedido un vasto territorio con la facultad de aplicar á poblaciones enteramente nuevas, á los Yndios de las Pampas, su genio civilizador. Resultó que su método de educación, que consistía en sujetar á los pueblos en su madurez, parecía convenir maravillosamente á estos pueblos niños. Supo con una inteligencia verdaderamente admirable, atraerlos, apacentarlos, aislarlos, y conservarlos en un eterno noviciado. Era una República de niños en la que se desplegaba un arte extraordinario en concederles todo excepto lo que padiese desarrollar al hombre en el recién nacido.

Cada uno de estos extraños ciudadanos de los Guaraníes debe cubrirse el rostro delante de los Padres y besarle la orilla del hábito; y unida esta legislación de un pueblo, á los recuerdos de las escuelas de esos tiempos, los hombres, las mujeres y hasta los mismos ma-

gistrados eran azotados, por pequeñas faltas, en la plaza pública. De tiempo en tiempo la vida hace un esfuerzo por estallar en esas poblaciones de tal modo comprimidas, y eso se efectúa con rugidos de bestias feroces, motines y revoluciones que momentáneamente espulsan y dispersan á los misioneros. Pero poco después cada uno vuelve á su antigua condición como si nada hubiese sucedido; la multitud vuelve á su dependencia pueril, y los institutores á asumir su autoridad de derecho divino. Con el breviario en una mano y el látigo en la otra unos pocos hombres conducen y conservan como un rebaño los restos del imperio de los Yncas. Este es en sí un gran espectáculo, y mayor por el arte infinito con que se aislan del resto del Universo, y porque a pesar del silencio de que se rodean continuamente se efectúan entre ellos revoluciones que excitan no sé qué desconfianza que no puede evitar el Rey de España, el clero regular ni el mismo Papa. Esta educación de un pueblo se consuma en el mas profundo misterio como si se tratase de una trama oculta. De tiempo en tiempo, cuando se ven apurados salen los Padres misioneros, según la expresión de uno de ellos, y se lanzan con sus neófitos á caza de indios, como si saliesen á cazar tigres; luego los encierran en un recinto de reserva, y poco á poco los apaciguan, los doman y al fin los enjaulan en la Iglesia.

El triunfo de la Compañía de Jesus está unido á esta constitución, porque en ella es en la que ha podido fundir completamente su alma y su carácter. ¿Pero será cierto que esta colonización misteriosa sea el germen de un grande imperio? ¿Dónde está su signo de vida? En otras partes cuando menos se oyen los vagidos de las sociedades en su cuna; pero aquí me temo mucho, que tanto silencio en un

naismo lugar y durante tres siglos, sea de mal aguero; y que el régimen que tan pronto ha podido enervar á la naturaleza virgen, sea el que siguen hoy los Guatimocin Moctezuma. La Compañía de Jesus ha caido; pero un pueblo del Paraguay le sobrevive cada vez mas mudo y misterioso: sus fronteras estan mas cerradas que nunca, el silencio se ha redoblado y tambien el despotismo; la utopia de la Compañía de Jesus se ha realizado: su estado sin movimiento, sin ruido, sin pulsacion y sin respiracion aparente: ¡quiera Dios que no se enuelva en tanto misterio para ocultar un cadáver.

Asi para reasumir todo á la vez, un heroísmo maquiavélico que cae en sus propios lazos, ó que solo deja en pos do si el silencio de los muertos, es el resultado de tanta estrategia para difundir la palabra de vida; éxitos aislados siempre inciertos, conseguidos sobre tribus separadas por desiertos, sobre familias y sobre individuos, y una impotencia completa desde que entran en lucha con pueblos formados, con religiones establecidas: con el islamismo, el brahmismo y el budhismo.

Siempre se ha visto en los estremos de la tierra al catolicismo y al protestantismo paraлизarse mutuamente. Divididos por estas influencias contrarias, ¿que pueden hacer el islamismo, el brahmismo y el budhismo, sino esperar á que nos hayamos puesto de acuerdo. El primer paso que hay que dar es pues, el de tratar no de eternizar la discordia, sino de manifestar la unidad viviente del mundo cristiano; por que nosotros no somos los unicos que esperamos el dia que debe reunir á todos los pueblos en el pueblo de Dios. De tantas religiones como se dividen la tierra, no hay una sola que no aspire á borrar todas las demás por no sé que acto de la Providencia. Y sin embargo vedias ahí: no se hacen entre si

ningunos cargos serios; cuando mas se arrebata por sorpresa algunos individuos, y por lo demas, nada de analizarse mutuamente á plena luz. Yo no se quien les dice que no pueden vencerse. Suponed que pasan siglos, las hallariais al cabo de ellos en el mismo sitio, solamente estarian mas inmóviles. Tales cuales existen, por mas que hagan, ni el catolicismo estirpará el protestantismo, ni el protestantismo estirpará el catolicismo.

¿Es pues preciso renunciar á la unidad, á la fraternidad, á la solidaridad prometida? Pero esto es renunciar al cristianismo. Vivir con indiferencia el uno al lado del qtro, como en dos se pulcros, sin esperanza alguna de tocarse el corazón: esto es lo peor de los muertos. Volver á comenzar luchas ciegas y sangrientas, es impio y es imposible. En lugar, pues, de entrete nerse en fomentar tantos odios estériles, juzgo que valdria mucho mas trabajar seriamente consigo mismo en desarrollar la herencia y la tradicion recibidas. Porque en el seno de esta profunda inmovilidad de cultos en aecho unos de otros, el porvenir no será del que mas provoque á sus rivales, sino del que dar un paso. Todos obedecerán á esta señal de vida. Este solo paso volvería á abrir los imperios cerrados hoy á las misiones de la letra. Tantos pueblos hoy en inaccion, y de los que nada se espera, al sentir el impulso del espíritu entrando en el mundo, se levantarian, seguirían su itinerario hacia Dios; y cesando en el el cristianismo la guerra intestina, podría consumarse un dia la empresa de las misiones.

#### Lección V.

*Teorías políticas—Ultramontanismo.*

Un miembro del alto clero [1], un hombre

(1) El Sr. Obispo de Chartres.

cuya sinceridad respeto, un Obispo de Francia, usando de los derechos de su situacion y conviccion en una carta que se ha hecho y publica, dirigida en parte contra mi enseñanza, termina por estas palabras relativas á mi: «Pues que no ha sido contradicho, censurado ni desaprobado, es evidente que él ha recibido su mision.» Esas palabras revestidas con tan alta autoridad, me obligan á declarar una cosa que será del agrado de mis adversarios, y es, quo yo no he recibido mas mision que de mi mismo; que solo he consultado la dignidad y los derechos del pensamiento; y que en fin, para marchar por esa senda, que me parece ser la de la verdad, no he tratado de averiguar si se me aprobaria ó si se me censuraria. Si, pues, es un error, bajo el regimen de la Revolucion, el abogar por el derecho de discusion; si es un error, segun el espíritu del Cristianismo, el invocar la unidad en vez de la discordia, la realidad en vez de la apariencia, el espíritu en lugar de la letra, es justo que esta falta no recaiga sino sobre mi y tanto mas, cuanto que conozco que esas ideas se arraigan en mi cada vez mas, y que ya hé pasado esa edad en que, sin saber, uno sigue el impulso y la mision de otro. ¿Ni por qué extraño favor habria yo sido elegido para hablar en nombre de la Universidad, cuando ni aun formo parte de ese cuerpo? No, señores; la falta me pertenece por entero, y si hay un castigo, es preciso que me pertenezca tambien [Aplausos.]

El carácter que hemos reconocido en la doctrina de la Compañía de Jesus, desde su origen, se nota de un modo extraordinariamente preciso en su economia y regimen interior. Todo el espíritu de la Compañía está contenido en el principio de economia domestica, que voy á patentizar. La Compañía de Jesus por un prodigo de habilidad, ha sabido conciliarlo

todo, la pobreza y la riqueza: por la pobreza se atrae la piedad, por la riqueza el poder. ¿Mas como conciliar estas dos cosas en el derecho?—Vedlo.

Segun su regla, sometida al Concilio de Trento, se compone de dos clases de establecimientos de diferente naturaleza: de casas profesas que nada pueden poseer en propiedad (y esta es la parte esencial), y de Colegios, que pueden adquirir, heredar, poseer (y esta es la parte occidental), lo que equivale á decir, que la Compañía está instituida de manera q' pueda á la vez rehusar y aceptar, vivir conforme al Evangelio y vivir conforme al mundo. Una reflexion mas precisa aun: hallo que al fin del siglo XVI tenia la Compañía 21 casas profesas y 293 Colegios, esto es, 21 manos para rehusar y 293 para aceptar y explotar. Tal es en dos palabras el secreto de su economia interior. Pasemos ahora á sus relaciones con el mundo exterior y politico.

La Compañía de Jesus en medio de sus misiones extrangeras ha acabado por dejarse tomar en sus propias redes. Quiero investigar hoy si no le ha pasado en Europa una cosa del todo semejante; y si la politica del siglo XVI no se ha convertido en sus manos en una arma de dos filos que ha terminado por dirigir contra si misma.

¿Cuál es el carácter de una religión que verdaderamente vive, en sus relaciones con la política? es el de comunicar su fuerza á los Estados de que ella es el fundamento; hacer penetrar un soplo poderoso en medio de los pueblos que se conforman con su principio, e interesarse por ellos y prestarles apoyo para que crezcan á su sombra. ¿Qué diríais si en lugar de esta vida que se trasmite, encontráis en alguna parte una sociedad religiosa que, cualquiera que sea la forma politica á que se junte, monarquía, aristocracia, demo-

eracia, se declara sordamente enemiga de esa constitucion, y trabaja en minarla como si le fuese imposible sufrir ninguna alianza? ¿Qué diríais de una sociedad, que donde quiera que se encuentre, ha de desplegar un arte extraordinario en encontrar bajo las formas artificiales de las leyes y de las instituciones esas eritas, el verdadero principio de vida politica, y ha de consagrarse en seguida á arruinarlo por la base.

Durante todo el tiempo que han existido las religiones de la antigüedad, han servido de fundamento á ciertas formas politicas, el pantheismo á las castas orientales, el polytheismo á las Repúblicas griegas y romanas. Con el cristianismo aparece algo nuevo, un culto que sin acomodarse exclusivamente á un molde politico, se adhiere á todas las formas de las sociedades conocidas. Como es la vida misma, la comunica á todo lo que se halla en contacto con él, á la monarquía feudal de los bárbaros, á las repúblicas municipales de Toscana, á las repúblicas, senatoriales de Venecia y Génova, á las Cortes Españolas, á la monarquía, pura, absoluta, limitada, á la tribu, al Clan, en una palabra, á todos los grupos de la familia humana: y esta al-mareligiosa distribuida por todas partes, penetrando en todas las formas para agrandarlas y desarrollarlas, constituye la organizacion del mundo cristiano.

En medio de ese trabajo percibo algo de muy extraño, que me ilumina acerca de la naturaleza de la orden de Jesus. Colocada en una monarquía, la mina en nombre de la democracia (1); mina reciprocamente la democracia en nombre de la monarquía; y de cualquier modo que se haya mostrado en un prin-

cipio, acaba, cosa rara, por ser de igual modo contraria á la realeza francesa bajo Enrique III, á la aristocracia inglesa bajo Jacobo II, á la oligarquia veneciana, á la libertad holandesa, á la autocracia española, rusa, napolitana; lo que hace que haya podido ser expulsada treinta y nueve veces por gobiernos de formas no solo diversas sino contrarias. Llega un momento en que esos gobiernos sienten que esa orden está á punto de sofocar en ellos el principio mismo de su existencia; y entonces cualquiera que sea el origen á que pertenezcan, los arrojan despues de haberlos llamado. Pronto vamos á ver á beneficio de que idea la Compañía de Jesus provoca á la larga la muerte de cualquier forma positiva de constitucion, de Estado y de organizacion política.

Al examinar el espíritu de los primeros publicistas de la orden, se nota ya su interposición hacia la época en que acababan de formar las grandes monarquías de la Europa. El inmediato porvenir de la España, de la Francia y la Inglaterra en el siglo XVI, pertenece á la realeza, que en ese momento es la personificación de la vida de los pueblos y de los Estados. Por el poder real es por el que se mide la pulsación y circulación de la vida en los pueblos modernos al salir de la Edad-Media. A falta de otras instituciones, representa él al fin del Renacimiento, la obra de los tiempos pasados, la unidad, la nacionalidad, el país. Pues ese es precisamente el poder contra el que se declaran, en su origen, los publicistas de la Compañía de Jesus: lo degradan y quieren mutilarlo, siendo así que él encierra el principio de la iniciativa, y que lleva consigo la bandera.

¿Pero en representación de que idea, se proponen los Bellarmino y los Mariana destruir ese poder? ¿Quién lo creería? en nombre de la soberanía del pueblo, Señores — «Las mo-

[1] Bellarmino. "De potestad. Summ. Pontif. Cap. V. p. 77

“narquias (dice esa escuela) han sido vistas en “sueños por Daniel, porque no son otra cosa “que vanos espectros, y no tienen nada de “real sino una vana pompa exterior.” Sin saber que idea es la que desencadenan, y no creyendo armarse sino de una fantasma proclaman la opinión y la soberanía popular para someter y deprimir la fuerza pública que los separa del dominio. Es verdad que después de haber dado por base á la monarquía el asentimiento de la muchedumbre, *benoplacita multitudinis*, estos grandes demócratas de 1,600, no tienen dificultad alguna para anudar completamente la autoridad del sufragio general; de manera que sustituyendo la realeza por el pueblo, y el pueblo por la autoridad eclesiástica, no hay definitivamente otro remedio que abandonarse en manos de ellos.

Cuando todos los papeles se habían tergiversado, cuando los escritores de la orden se habían servido prematuramente de la soberanía para abolir la soberanía, ¿sabeis á qué refugio se acogieron los que querían proteger la ley civil y política, contra la teocracia? La escuela de la Compañía de Jesús amenazaba destruir la libertad por la libertad, aun antes de nacer. Para sustraerse á esta red extraordinaria. Sarpi y los independentistas se vieron obligados á sostener, que el poder político, el poder real era de derecho divino; que de consiguiente el Estado tenía su razón de existencia lo mismo que el papismo; y que no podía ser sometido á este porque lo mismo que él, tenía una base inatacable. Es decir, que por un trastorno de toda verdad y por una estratagema que amagaba destruir en su origen la idea de la existencia civil y política, así como los religiosos no hablaban sino de la soberanía del pueblo para arruinarla, los políticos se vieron en la necesidad de no hablar sino del derecho divino para salvarla.

Así establecida la cuestión, faltaba para terminarla un paso arriesgado del partido teocrático, esto es, adelantar las cosas hasta el extremo de la doctrina del *regicidio*: por supuesto que no trepidó ante esa necesidad. Verdad es que en medio del vértigo de la Ligano faltaron predicadores de diferentes órdenes que se pronunciasen en favor de la doctrina. Pero lo que nadie niega es, que pertenece á los Jesuitas el haberla sábiamente fundado y erigido en teoría: es bien conocido su axioma popular de aquella época: “Basta un peón para dar mate á un Rey.”

De 1590 á 1620, los doctores más hábiles de la orden retirados de la refriega, y pacíficamente encerrados en el fondo de sus conventos los Manuel Sa, los Alfonso Salmerón, los Gregorios de Valencia, los Antonio Santarem establecen positivamente el derecho del asesinato político. Ved en dos palabras toda la teoría, que en ese intervalo es absolutamente uniforme. O el tirano posee el Estado en virtud de un derecho legítimo, ó lo usurpa. En el primer caso, puede ser despojado por un juicio público, después del cual cada uno se convierte á su vez en ejecutor. O el tirano es legítimo, y entonces cualquier hombre del pueblo puede matarlo: *Unusquisque de populo polest occidere*, dice Manuel Sa en 1590. Es permitido á cualquier hombre del pueblo amar á un tirano que lo es tal en cuanto á la substancia *tirannus quoad substantiam*, dice un Jesuita alemán, Adam Tanner. Es glorioso el exterminarlo, «exterminare gloriosum est», concluye otro autor no menos grave. Alfonso Salmerón acuerda al Papa el derecho de asesinar por medio de una palabra suya, con tal que no sea él quien aplique la mano, «potest verbo corporalem vitam auferre; porque al recibir el derecho de apacentar los rebaños, no ha recibido también el de

matar los lobos, «potestatem lupos interficiendi?» Segun la doctrina de Bellarmín, que es el mas sabio, el mas ilustrado y moderado de todos, al menos en las formas, no pertenece á los monjes ni á los eclesiasticos el asesinar, «cedes facere,» ni el matar á los Reyes valiéndose de emboscadas; sino que la costumbre es, primero corregirlos paternalmente, «paterné corripere,» luego excomulgarlos y mas tarde privarlos de la autoridad real despues de lo cual la ejecucion pertenece á otros, «Executio adalios pertinet.»

Hay sobre todo una obra célebre en la que se hallan reasumidas estas doctrinas, con una audacia de que nunca puede uno asombrarse demasiado al recordar la clase de lectores para que ha sido escrita. Me refiero al «Libro del Rey» por el Jesuita Mariana. Esta obra fuó escrita á la vista de Felipe II para la educación de su hijo. En tod.s las demás partes el Jesuitismo marcha por caminos secretos, pero aquí se ostenta con toda la desenvoltura del hidalgo español. Sabe bien que la realeza española está ligada con los lazos de la teocracia, y que hablando en nombre de la Roma papal, le es licito decirlo todo. De aquí, ¡qué extraña franqueza en envilecer la autoridad civil, por mas que esta confiese y consienta allí su dependencia!

Apesar de la diferencia de genios, podría compararse el Rey de Mariana con el Príncipe de Maquiavelo. Maquiavelo se vale de todos los vicios con tal que sean fuertes; quiere dirigirlos á la independencia política del Estado. Mariana admite todas las virtudes con tales que vayan á parar á la demisión del Estado ante la órden del Clero. ¿Creeríais que en punidad de todos los crímenes cometidos por eclesiasticos? y no creíais que lo hace como un consejo sino como un mandato. «Que ningun individuo del clero [dice] sea condenado, aun

cuando hubiese merecido serlo (1).» Mejor es que los crímenes queden impunes, «prostat sclera impunita relinqui.» Despues de establecer esta impunidad, concluye exigiendo que los jefes del clero no tan solamente sean la cabeza de la Iglesia, sino tambien la del Estado, y que los negocios civiles les estén sometidos lo mismo que los religiosos. Confieso que me gusta en ese jesuitismo de Mariana reconocer el orgullo castellano. «Si no, quien habria esperado hallar la fórmula de la franqueza de los antiguos fueros, trasportada á la diplomacia de Loyola?

¡Pero qué especie de garantía es la que va á dar el espíritu teocrático á esa realeza ideal, despues de las duras condiciones que le impone? la garantía del puñal. Desde que María ha ligado la realeza al poder teocrático para estar así mas seguro de ella, suspende sobre su frente la amenaza del asesinato, y funda de esta suerte al pie del papismo, una monarquía absoluta, templada por el derecho del puñal. Ved como en medio de la teoría, hace una pausa para hacer brillar á los ojos de su real discípulo el cuchillo, ensangrentado aun, de Jacobo Clemente. «Ultimamente [dice] ha tenido lugar en Francia una hazaña insigne y magnifica (2), para instrucción de los Príncipes impíos. Clemente asesinó al Rey, se ha formado un nombre inmenso, «ingens sibi nomen fecit.... Murió Clemente eterno honor de la Francia (eranum Galliae deus) segun la opinion del mayor número, aunque jóven, de un espíritu sencillo y un cuerpo delicado, una fuerza su-

(1) Nemo ex sacro ordini suplicio quamvis merito sudjiciat—«De Rege» lib. 1 cap. X. p. 88.

(2) Facinus memorabile, nobile, insigne. «De Rege lib. 1 Cap. VI.

“perior infundió fuerzas á su brazo y á su es-  
“píritu.” (1)

Consagrado así ese ejemplo, funda á su vez Mariana la doctrina del regicidio con la firmeza de Maquiavelo. En los casos ordinarios, debe reunirse una Asamblea, para pronunciar la sentencia. A falta de esta Asamblea, será suficiente la voz publica del pueblo, «pública vox populi,» ó el parecer de hombres respetables y eruditos (2). Y sobre todo, que no se tema, que—«Muchos individuos vayan á abusar de esta facultad de manejar el acero. Las “cosas humanas marcharían mejor si hubiesen muchos hombres de entrañas, «fortipec-tore,» que espusiesen su propia existencia: “así la mayor parte se contendría por el amor á la vida.”

En esa senda que Mariana ha seguido con tanta seguridad, le asalta repentinamente un escrupulo: ¿sabeis cual? el de saber si será permitido valerse del veneno lo mismo que del hierro: aquí vuelven á presentarse la distinciones de la casuistica, á la que se había sustrido hasta ahora. No quiere el veneno por un motivo exclusivamente cristiano: porque el Príncipe al beber el medicamento preparado (3) cometaría, sin saberlo, un semi-suicidio, cosa opuesta á la ley evangélica. Sin embargo como el fraude y el engaño son legítimos, encuentra esta salida: que el envenenamiento sera permitido siempre que el Príncipe no se envenene á si mismo, por ejemplo si se emplea un veneno bastante sutil para matar con solo impregnar de él los vestidos.

[1] Sed major vis vires et animum confir-mabat. «De rege lib., l, cap. 6, p. 54.

[2] Viri eruditi et graves.—«De Rege. Lib. 1.º Jap. 6 pag. 6.

[3] Noxium medicamentum—De Rege lib. 1, cap. VII p. 67.

reales, «nimirum cum tanto vis est venenis, “ut sella eo aut ueste delibuta vim interfi-ciendi habeat.”

Recordad aquí que este libro no es una obra comun, sino que ha sido escrito para la educacion del futuro rey de España! que profundidad y que arrojo! en medio de la Corte, bajo el oro puro del Evangelio y de la moral de Jenofonte, hacer sentir así desde el principio la punta del acero sobre el pecho de ese real discípulo; presentarle la amenaza al mismo tiempo que la enseñanza, hacer levantar el brazo de la sociedad sobre la cabeza del niño que vá á reinar; unir delante de él el puñal de Jacobo Clemente á su corona!... que golpe maestro de la Compañía de Jesus! que intrépidez de orgullo, del instructor! que aviso para el discípulo: que subitó asombro, que terror que nunca podrá desechar! No os sorprendais pues, de que el Joven Felipe III viviese como si su sangre se hubiese congelado en sus venas; no os sorprendais de que huyese de la realeza; de que en la soledad del Escorial solo se moviese para imitar la peregrinacion de Loyola. Desde entonces, parte por terror y parte por respeto, la dinastia española de la casa de Austria empieza á desvanecerse bajo esa mano helada y levantada siempre sobre ella. Esta mano se asemeja á la del comendador en el festín de Piedra. Ora sea el Rey ó el pueblo quien le tienda su mano, es arrastrado por ella.

Seguramente que era permitido al joven Delfín de España el palidecer, cuando un hombre tan habil en todas las tramas como Felipe, II decia: «La unica orden de que nada «comprendo, es la de los Jesuitas.» ¿Quereis tener de ellos la opinion de un bravo por experiencia, á quien han enseñado á temer? Ved aquí la respuesta de Enrique IV á Sully

que se oponía á que volviesen á llamar á los Jesuitas: el Rey confiesa que solo porque los teme vuelve á abriles la Francia: "Me veo necesitado de hacer una de dos cosas, á saber: ó admitir á los Jesuitas pura y simplemente librandolos del oprobio con que han sido mancillados, y poniendo á prueba sus bellos juramentos y exelentes promesas, ó bien rechazarlos mas que nunca tratandolos con todo el rigor y asperezas imaginables para que no vuelvan á aproximarse á mi ni á mis Estados, en cuyo caso es indudable que los reduciríamos á la ultima desesperacion y consiguientemente á atentar contra mi vida, lo que aumentaria su miseria y languidez dejandonos siempre en la desconfianza de ser envenenado ó asesinado; porque estas gentes tienen inteligencias y correspondencias en todas partes, y á demas gran desatreza para disponer los spiritus como mejor les parece: en cuyo caso mejor me seria haber muerto ya pues opino con Cesar, que la muerte mas dulce es la menos prevista y esperada." (1)

Por lo demas esta doctrina admitida del regicidio, no ha tenido sino una epoca, y esa es la época de fervor que ha señalado la primera fase de la orden de Jesus. Habiendo ya cambiado la epoca, en 1614 al derecho del puñal sucede un establecimiento mas profundo, que sin matar al hombre, se reduce á anodar al Rey: el confesor reemplaza al regicida —no se ven ya los Jacobo Clemente, los Juan Chatel, los Barrière, &c. pero hay algo mas horrible todavia. Detras de cada Rey se ve marchar un hombre de la Compañia de Jesus, que con la autoridad de las amenazas infernales, dia y noche tienen esa alma en sus manos, que la quebranta con los ejercicios es-

pirituales, y la achica colocandola al nivel, y poniendola en el tono de la Compañia. Esta renuncia, es verdad, á producir ministros, pero es para sentarse personalmente en el trono al lado del penitente. No se ha podido humillar el poder real al pie de la teocracia; pues se hace mas aun: está al traves del confesionario se hace resbalar la corona sobre su cabeza, y queda consumada la obra. Porque no se trata ya de hacer penetrar en los oidos de los Reyes la verdad desnuda, sino mas bien de adormecer, de desarmar su conciencia llenandola de un murmullo de odios y de avidas rivalidades; y nada hay tan extraño como el notar en medio de la vida que se ensancha en las sociedades modernas, tantos principes y soberanos conducidos de un modo mecanico por esa voluntad que les transmiten los que hacen profesion de estenuar la voluntad.

Donde quiera que concluye una dinastía veo levantarse del suelo y dirigirse tras de ella, como un genio maldito, á una de esas presencias sombrías de confesores Jesuitas que la lleva dulce y paternalmente hacia la muerte: al Padre Nithard cerca del ultimo heredero de la dinastía austriaca en Espana, al Padre Auger, del ultimo de los Valois, al Padre Peters cerca del ultimo de los Estuardos.... No hablaré de los tiempos de que vosotros mismos habeis sido testigos, y que están unidos á los nuestros. Pero traed á la memoria solo el retrato del Padre Le Tellier, en las Memorias de San Simon. Es el único que ese escritor que á todos se atreve, haya pintado con una especie de terror: ¡qué aire lugubre, que presentimiento de muerte esparce en toda esa Compañia! Nada hay en efecto mas horrible que el cambio que se establece entre estos dos hombres, Luis XIV y el Padre Tellier: el Rey que se desprende

[1] Memoires de Sully, tomo V, p.113.

cada dia de una parte de su vida moral, y el Padre Tellier que cada dia le comunica una parte de su fermento; esa ruina imponente de un espíritu noble que ya no trata de defenderse, y ese ardor sostenido de la intriga, que invade todo lo que la conciencia va perdiendo; esa emulacion de la grandeza y de la pequeñez, el triunfo de esta, y por último el alma del Padre Tellier que pareee ocupar todo el lugar del alma de Luis XIV, é invadir la conciencia del Reino. Y en este increible cange que quita todo al uno y no dá nada al otro, ¿no veis á la Francia que ya no reconoce á su antiguo Rey, y que por su muerte se ve libre á la vez de la doble carga del egoismo del poder absoluto, y del egoismo de una religion política? ¡Qué aviso, Señores, que no debemos olvidar jamás, á pesar de la diferencia de los tiempos! [Aplausos.]

Llegamos ya á encontrarnos con una revolucion decisiva en las teorias políticas del Jesuitismo. No ha habido nunca cambio mas súbito, ni maniobra mas audaz. Entramos en el siglo XVIII; las doctrinas que el Jesuitismo habia proclamado á su nacimiento, cesan ya de ser una fantasma: toman un cuer po y una realidad en los espíritus: Realeza de la opinion, soberanía del pueblo, libertad de la elección popular, derecho fundado en el contrato social, libertad, independencia: todas estas cosas dejan ya de ser meras palabras, y entran á circular, á agitarse y desarrollarse en todo ese siglo; en una palabra, no son ya tesis de colegio, sino la realidad misma.

¡En presencia de las doctrinas por donde han comenzado, que van á hacer ahora esos intrépidos Republicanos de la Compañía de Jesus? renegarlas, destruirlas si les es posible. Con ese instinto sobre natural que tienen de sorprender la vida de su gérmen, se

dirigen, se precipitan contra su propia doctrina, en el momento en que comienzan á vivir. ¿No ha sido este el papel que han representado de siglo y medio á esta parte? ¡ha habido uno solo que durante ese intervalo no se haya empeñado en aniquilar ese poder de la opinion, que los fundadores habian puesto en primera linea, sin saber que la palabra se agrandaría, y que el programa de la Liga llegaría á ser una verdad?

¿Quien proclama en el siglo XIV, aun contando con la buena voluntad de Felipe II, quien proclama la doctrina de la soberanía del pueblo en esa época en que ninguna probabilidad hay de que sea puesta en práctica?—la Compañía de Jesus. ¿Y en el siglo XVIII cuando cesando la soberanía del pueblo de ser una abstraccion, se convierte en una institucion, quien la combate mas encarnizadamente?—la Compañía de Jesus. ¿Quienes son en el siglo XVIII los enemigos mas acerriimos de la filosofía? los q' en el siglo XVI han defendido los principios mismos de la filosofía, sin otra intencion que la de procurarse una arma para combatir. ¿Quienes son los que en el siglo XVIII van á fortalecer con su doctrina el poder absoluto y cismático de las Catalina II y los Federico II?—los mismos que en el siglo XVI no hablaban mas que de exterminar, de hollar, de puñalear en nombre del pueblo el poder absoluto y cismático; porque es preciso no olvidar que cuando la Compañía de Jesus fué abolida por el Papa, encontró su asilo contra la autoridad suprema en el seno del despotismo de Catalina II; y se vió allí durante un momento la extraña liga del despotismo, del ateísmo, y del Jesuitismo contra todas las fuerzas existentes de la opinion. Desde 1773 hasta 1814, en ese intervalo en que el Papismo dá por muerta la orden de Jesus, se obstina á su pesar en vivir

retirada, por decirlo así en el corazon del ateísmo de la corte de Rusia: y allí se la encontró toda entera cuando hubo necesidad de ella.

Si no son todas estas bastantes contradicciones, examinad los monumentos modernos más impregnados de su espíritu. Nadie ha reproducido en nuestros tiempos con mayor autoridad que MM. Bonald y de Maistre las nuevas máximas políticas de la Escuela teocrática. Pedíles su parecer acerca de la elección, de la opinión, y de la soberanía del pueblo. Esa soberanía, responde por todos ellos su orador, M. de Maistre, es un dogma «anti-cristiano»: esto por lo que hace á la parte ortodoxa. Pero no se contentan con condenar lo que otras veces han consagrado, sino que necesitan burlar se con esa afectación de indolencia, peculiar en las aristocracias caídas, cuando no tienen ya otras armas caídas. De ahí es que esa soberanía tan ponderada por los Bellarmino, los Mariana, los Manuel Sá, no es otra cosa según M. de Maistre que una «vocinglería filosófica», (1) y es hacerla «odiosa y ridicula el querer hacerla derivar del pueblo» [2] ¿No son ya bastantes defeciones? Llegada á ese término, la revolución está concluida. Se ha dirigido contra la institución popular el arma que se había asestado antes contra la institución monárquica: y si de todo lo que precede, algo puede concluirse con una evidencia manifiesta, es después de haber querido en el siglo XVI arruinar el poder real por medio de la autoridad de los reyes, y no es ya el principio al que se pretende puñalear, sino á la opinión.

De este modo la práctica del Jesuitismo en sus relaciones con la política, ha sido la de

anonadar mutuamente, la monarquía por la democracia, hasta que gastadas ó desconceptuadas por fin todas estas formas, no queda más recurso que abismarse en la constitución é ideal inherentes á la Compañía de Loyola. Y no puedo asombrarme demasiado de que haya aun en nuestros días quienes se dejen deslumbrar con esa apariencia de democracia, sin ver que esa pretendida demagogia de la ligaz, solo contenía en el fondo una red para en volver á la vez la realeza y el pueblo. Cuando Mariana y todos los doctores de esa escuela han argumentado á fin de apoyar el poder real sobre la democracia, añaden sin desconcertarse estas dos palabras que hechan por tierra todos los andamios. La democracia es un trastorno.... «Democracia que perverso est.»

¿Que es, pues, lo que pretendian por medio de tantos trabajos y estratagemas, los miembros de la Compañía de Jesus? ¿y que es lo que pretenden todavía? ¿Destruir no mas que por destruir? No, señores; quieren, conforme al espíritu de todas las sociedades y de todos los hombres, realizar el ideal que llevan escrito en su ley, y encaminarse hacia él por vías tortuosas, si no pueden hacerlo directamente. Tal es la condición de su naturaleza, y á la que no pueden renunciar sin dejar de existir. Todo la cuestión se reduce á investigar cuál es la forma social que se deriva necesariamente del espíritu de la Compañía de Jesus. Para descubrir este plan hasta abrir los ojos, por que sus grandes publicistas lo han definido ya con esa audacia que reúne al estratagema: y ese ideal es la teocracia.

Abrid no mas las obras de su teórico, del que por tanto tiempo los ha llenado con su palabra, de ese hombre que emite con expresiones tan dulces y templadas ideas tan violentas, de su doctor, de su apostol, del sabio

[1] M. de Maistre, Le Pape, p. 152.

[2] Yb. p. 150.

Bellarmino. No anda con vueltas; su forma de Gobierno en la sumision del poder político al eclesiastico; al clero pertenece el privilegio de declinar de la jurisdiccion del Estado, aun en materias civiles [1]; la subordinacion del poder politico, á la autoridad religiosa es lo que hace que puede esta disponerlo, revocarlo, encerrarlo, «como á un carnero al que se separa de la manada»; eso es tambien lo que acuerda el clero, el privilegio de sustraerse, aun en los asuntos temporales, al derecho comun por el derecho divino; en una palabra, la unidad del Estado y de la Iglesia, pero con la condicion de que el uno será sometido á la otra, como el cuerpo al alma; una monarquia, una democracia, una aristocracia; todo eso importa poco, «con el veto del Papa»; es decir un Estado decapitado: tal es la carta de la orden, redactada por la sabia pluma de Bellarmino.

¿Quien habria esperado hallar en el siglo XVI, palabra por palabra el ultramontanismo de Gregorio VII, como contrato de alianza? Llegamos ya á tocar carbones encendidos, á examinar lo mas intimo, lo mas imperecedero del espíritu de los fundadores de la orden. No contentos con exhumar hasta del seno de la Reforma el dogma religioso de la Edad-Media, han creido apoderarse tambien del dogma político. Llevados por ese ardor de volver á tomarlo todo, han querido dar al poder papal la ambicion que él mismo habia renunciado; como si esa fuerza soberana que eleva y depone los gobiernos por una especie de milagro social, hubiese de reconstituirse á duras penas por la ciencia, las controversias y las luchas! Esa fuerza aparece cuando se halla

en accion, pero cesa de existir siempre que haya necesidad de que se la pruebe. Yo no sé que Gregorio VII hiciese largos tratados para demostrar el poder que tenia de anatematizar; entretanto fulminaba anatemas por medio de una carta, de una palabra, de un signo y la frente de los Reyes se inclinaba, y los doctores callaban.

Pero imaginaos que para elevarse á ese Sinai de la Edad-Media, para reunir los rayos de fuego que partian de la frente de Hildebrando, é inflamaban sin intermedio el corazon de los pueblos prosternados; imaginaos que para semejantes prodijios fuese necesario hacer razonamientos sobre razonamientos, textos sobre textos, ó aun engaños sobre engaños: ¿no es esto tomar una vez mas la letra en lugar del espíritu? La Compañia de Loyola ha servido para mantener al papismo sobre el trono de la Edad-Media; y como todas las exterioridades se han conservado, no puede comprender que el papismo no ejerza la misma autoridad que tenia en la Edad-Media. La Compañia de Jesus ha provisto al papismo de rayos materiales, y se asombra de que el papismo no infunda terror al mundo, pero se olvida de que para lanzar rayos contra los espíritus, se necesita volver á encender desde luego los rayos del espíritu.

Tal es la verdadera desgracia de esa orden en el sistema político: víctima de la vision material de Hildebrando, marcha en pos de un ideal imposible. Se agita eternamente sin tener un fin cierto; y no dudeis de que al través de sus pretendidas conquistas, es desgraciada en el fondo; porque se inquieta como nadie, ¿sabeis en que?—en inspirar al papismo una pasion de autoridad, que ya ni puede, ni quiere concebir. ¿Sabeis para qué se convierte y se fatiga?—para conquistar un fragmento de esa fantasma de Gregorio VII, que cada

(1) Clericos á jurisdictione seculari exceptos non tantum in spiritualibus, sed etiam in temporalibus. De Potest Santin. Pons. Cap. 34 p. 273, 281, 283 &c.

siglo, cada año, se aleja para sumerjirse un grado mas en el irrevocable pasado.

Ciertamente es una gran palabra, la de la unidad de la Iglesia y del Estado, de lo espiritual y temporal. No tengo dificultad en admitir, si se quiere, que es en si una desgracia la separacion de uno y otra; pero al mismo tiempo conozco que el mal seria mayor negándola, desde que esa separacion se ha hecho á la vista del mundo, y no se ha sabido impedirla: Cuando todos los pueblos de la familia cristiana reconocian hacia la Edad-Media, la autoridad de un mismo jefe, la intervencion de esa suprema autoridad en los negocios publicos, pudo ser una cosa de gran valor: la dependencia de los pueblos europeos bajo un mismo poder espiritual, no hacia sino asegurar su igualdad reciproca. Mas hoy que la mitad de ellos rechazando el yugo, se han abierto una nueva carrera, ¿puede comprenderse cual seria la situacion de los que aceptasen el antiguo poder como en el pasado?

Que se me cite despues de la ruptura del siglo XVI, un solo pueblo en el que la intervencion, aun indirecta, de lo espiritual sobre lo temporal, esto es del ultramontanismo, no haya sido una causa de verdadera ruina. ¿Desde cuando ha llegado á ser la Francia todo, lo que puede ser?—desde Luis XIV y la declaracion de 1682 que fijó categóricamente la independencia del Estado. ¿Qué habeis hecho por el contrario, vosotros de los pueblos que mas fieles han permanecido á vuestra doctrina? ¿Qué habeis hecho de la Italia?—la habeis despedazado en nombre de la unidad, y ya no puede volverse á unir. ¿Qué habeis hecho, de la España, de Portugal, de la América del Sud?—estos pueblos que han seguido el impulso de la teocracia, ¿cómo han sido recompensados?—por todas las apariencias de la muerte. ¿Qué habeis hecho de la Polonia?—tambien

ella permanecia fiel, y la habeis echado en los brazos del cisma.

Por otra parte, los pueblos hoy poderosos, y que cuentan al menos para si con todos los antecedentes de la buena fortuna; aquellos que acometen atrevidas empresas; aquellos que despiertan, y se desarrollan, la Inglaterra, la Prusia, la Rusia, los Estados Unidos, ¿son por ventura ultramontanos—si hemos de daros crédito á penas son cristianos.

¿De qué dimana tan raro trastorno? ¿por qué la misma de lo espiritual lleva á todas partes la decadencia y la ruina? ¿por qué los pueblos que se han puesto en manos de esa direccion, han caido en un entorpecimiento irremediable? ¿la naturaleza del espíritu, lejos de entorpecer, no ha sido formada, para despertar? seguramente en así—¿Y el espíritu no debe ser el que impere sobre el cuerpo?—tambien es evidente. ¿Luego la doctrina de ultramontanismo es en sí misma, filosofica y teóricamente verdadera? Yo la tengo, en efecto, por legítima. ¿Qué le puede entonces faltar, para que la Providencia la rechace de un modo tan clásico? Una sola condicion: si tergiversadas, por ejemplo, todas las relaciones de la naturaleza, cesase de pensar el espíritu y dejase esta tarea al cuerpo; si se pudiese conservar la palabra sin conservar la realidad; si lo espiritual pudiese salir del dominio del espíritu; si por un trastorno extraordinario hubiese habido, de tres siglos á esta parte, mayor número de mártires en las revoluciones políticas, que en las disputas eclesiásticas, mas entusiasmo en los legos que en los regulares, mas fervor en la filosofia que en la controversia, en una palabra, si hubiese mas alma en lo espiritual que en lo temporal. Resultaria entonces que los unos conservarian la letra, mientras los otros conquistaban la realidad. Mas para arrastrar al mundo no basta

que los labios digan: Señor, Señor, sino que es necesario que para que estas palabras llegasen á ser poderosos, contengan la realidad, la inspiración y la vida.

Por lo demás observad la conformidad que guardan consigo mismos; desde su origen han desconfiado ya del espíritu, del entusiasmo del alma; lo cual naturalmente los ha conducido á desconfiar de lo que constituye el principio y la fuente de aquellas, es decir, de la idea misma de Dios. Con ese temor que han tenido siempre á la verdadera grandeza debían venir á parar en formarse una ciencia atea, que sin participar en nada de la vida, conserva sin embargo todas sus apariencias. Y esta es la razón porque después de haber reducido el fin de la ciencia continúan esos simulacros de discusiones, de tesis, de controversias intelectuales, y combates de palabras, que caracterizan la educación de la orden de Jesús. A medida que han despojado al pensamiento de su parte seria, han estimulado á los hombres á entrar en esa gimnástica, en esa esgrima intelectual, calculada para encubrir la nada de la discusión. No se veian sino exhibiciones, festejas (1) juguetes académicos, y duelos espirituales. ¿Mas como es posible creer, que el pensamiento no entre para nada, en medio de tantas ocupaciones literarias, de tantas rivalidades artificiales, de tantos escritos de parte á parte? Pues ese es precisamente el milagro de la enseñanza de la Compañía de Jesús: consagrarse al hombre á inmensos trabajos que no pueden producir nada; divertirlo con el humor para alejarlo de la gloria, dejarlo inmóvil en los momentos mismos en que se halla engañado por todas las apariencias de un movimiento literario y filosófico. Si el genio satánico de la inercia hubiese aparecido sobre la tierra

seguro estoy de que no habría procedido de otro modo.

Aplicad por un momento este método á un pueblo en especial, en el que haya llegado á hacerse dominante, á la Italia y á la España, y apreciad los resultados! Estos pueblos animados aun de los ardores del siglo XVI no habrían dejado de rechazar la muerte si esta se les hubiera aparecido con su natural esterior. ¿Mas como habrían podido reconocer á la muerte que se les presenta bajo la forma de la discusión, de la investigación y del examen? De esta suerte en pocos años, se ve en esas ciudades donde el arte, la poesía y la política habían reinado antes, Florencia, Ferrara, Sevilla, Salamanca, Venecia, se vé á las nuevas generaciones, que creen marchar por las huellas palpitan tes de sus antepasados, porque estas, bajo la mano de los Jesuitas, se agitan, se conmueven, é intrigan en el vacío. Si la metafísica existe sin Dios, no es necesario agregar que el arte carece de inspiración, que está reducido á un mero ejercicio (1) á un juego poético (2). Se imaginan pertenecer todavía al país de los poetas y continuar su liraje al comentar á Ezequiel con Catulo, y los «Ejercicios Espirituales» de Loyola, con Teócrito; ó si en el retiro espiritual del noviciado componen églogas, imitando palabra por palabra las de Virgilio sobre Tryrsis, Alexis y Corydon, «sentado solitario á la orilla del mar»; y estas obras monstruosas que exhalan la fetidez de un sepulcro blanqueado, presentadas como modelos del arte nuevo, por la Compañía de Jesús, son las que mas la traicionan.

Ella ha creido que no siendo el arte mas que mentira, podria hacer de él lo que quisiese.

[1] Exercitatio. V. «Ymagno primi saeculi. p. 441, 460.»

[2] Ludus poeticus V. ib. p. 157, 444 447, 706.

se; mas el arte ha desconcertado todos sus calculos: y desde que la Compañía se lanzó á ese camino, no ha podido recorrerlo sino con un exeso ridículo y de mal gusto que nadie habría esperado. Comienza el Cristianismo en la poesía con el cantico del «Te-Deum,» y el Jesuitismo con la égloga oficial de San Ignacio y del Padre Le Fevre, ocultos bajo los pañuelos de Daphnis y Lycidas: *S. Ignatius et primus ejus socius Petrus Faber, sub persona Daphnidis et Luycidæ.* Y no es ese el poema de un particular, sino un genero original de la Compañía, que ella misma propone como una innovacion en sus obras colectivas; sobre lo que no puedo dejar de notar que el Jesuitismo ha podido hacer ostensible su habilidad en otras materias, disfrazarse con todas las demás mascaras; pero desde que ha querido valerse de la poesía, esta hija de la inspiracion y de la verdad se ha rebelado contra él, y ha vengado á un mismo tiempo con el colmo del ridículo, á la filosofía, la moral, la religion y el buen sentido.

Demos aun un paso para concluir. Elevémonos por un instante, de la filosofía á la teología, esto es, á las relaciones del Jesuitismo con el mundo cristiano del Siglo XVI. La cuestión dominante de la revolución religiosa era una cuestión de libertad. La Iglesia está dividida: ¿cuál será la posición que adoptará el Jesuitismo entre la Reforma y el Papismo? Toda su existencia depende en realidad de este único punto; y en él va á dejar muy atras á la política de Maquiavelo. De lo que en el fondo se trata durante todo este siglo, es de pronunciarse en cada comunión en pró ó en contra del libre albedrio. ¿Por cuál de estos puntos creéis que van á decidirse unos hombres que han jurado en el fondo de su corazón, la servidumbre del espíritu humano? No trepidan un momento en proclamar en sus doctrinas,

abierta y oficialmente, la libertad. Ocultos, escondidos bajo esa bandera, llegan á ser, y nunca podrá esta repetirse demasiado, llegar á serne ese entrevero del siglo XVI, los hombres del libre albedrio, los partidarios de la independencia metafísica. Y exageran tambien tan espontaneamente esta doctrina, que las ordenes religiosas que han conservado la tradición viva del catolicismo, los dominicanos, se rebelan contra ellos, la inquisición los amenaza, y los mismos Papas, que nada comprenden de toda esa profundidad, estan dispuestos á condenarlos; sin embargo, sea por miedo ó por instinto, se contienen y los dejan obrar, hasta tanto que los sucesos llegan á explicar una maniobra de que en el papismo, ni la inquisición ni las antiguas órdenes, habian podido darse cuenta.

Tal es la ventaja efímera que el Jesuitismo habia conseguido sobre la Reforma y el Papismo. Llevando el libre albedrio hasta el ultimo grado, satisfacía los instintos de independencia de los tiempos modernos. ¡Cuanta fuerza no debia tener contra los protestantes desde que podia brindarles la independencia interior al mismo tiempo que los estimulaba a romper el yugo de la predestinación y del fatalismo! Este era un argumento omnipotente contra los protestantes de Francia y de Alemania que se sentian otra vez atraídos por el mismo instinto que los habia hecho separar. Luthero y Calvin habian negado el libre albedrio, y los discípulos de Loyola entrando por esa brecha, volvian a apoderarse, reconquistaban el hombre moderno precisamente por el sentimiento que mas se ha desarrollado en él en los tiempos modernos. Confesad que es una obra maestra el sojuzgar el espíritu humano en nombre de la libertad.

En todas estas cosas la política religiosa del Jesuitismo es enteramente idéntica a la

de los primeros Emperadores Romanos: como Augusto y Tiberio se hicieron representantes de todos los antiguos derechos de la República para sofocarlos, así también los Jesuitas se hacen representantes de los derechos innatos y metafísicos del espíritu humano para reducirlo á la mas absoluta esclavitud. Han realizado en lo posible el voto del Emperador Romano: *si el genero humano no tuviera mas que una cabeza.... La unica diferencia que hay entre él y estos, consiste en que él queria cortarla, y estos se contentan con sojuzgarla.*

En efecto ¿qué harán ellos de esa alma á la qué acaban de volver su independencia nativa? entregarla á la Iglesia sin duda. ¿Pero á qué Iglesia? ¿Será á la Iglesia democrática de los primeros siglos? ¡á la Iglesia fundada en la representación solemne de los concilios? ¡ó á la Iglesia por cuya reforma se ha luchado todo el siglo décimo quinto? En último análisis, todo depende de averiguar la forma que el Jesuitismo quiere hacer predominar en la constitución del catolicismo. En el siglo XVI había en Europa tres tendencias, y tres modos de terminar la cuestión: hacer predominar los Concilios, que era lo mismo que desarrollar el elemento democrático; el papismo, lo que conducía á la autocracia; ó en fin, moderarlos el uno por el otro como en los tiempos pasados. En medio de tales controversias, ¿cuál fué la conducta y teología de estos grandes autores del *derecho innato de la libertad humana* [1]?

Sus doctrinas así en las Sesiones de Trento, como en cualquier otra parte, siempre fué tendente á extirpar de raíz todo elemento de libertad en la Iglesia; á rebajar hasta el polvo á los Concilios, esas grandes asambleas representativas de la Cristiandad; á echar por tierra

el derecho de los obispos, de esos antiguos elegidos del pueblo; á no dejar subsistir teóricamente hasta más que el Papa, es decir, como se expresa un ilustre prelado francés del siglo XVI, á fundar no una monarquía, sino una tiranía á la vez temporal y espiritual. ¿Comprendéis ahora el largo circumlocuio que asombraba á la misma inquisición? Se apoderan del hombre moderno en nombre de la libertad, y sobre la marcha lo reducían en nombre del derecho divino á una servidumbre irremediable: porque, como dice su orador, su General, el P. Laynez, la Iglesia ha nacido en la servidumbre, destituida de toda libertad y de toda jurisdicción. Solo el Papa es algo, todo lo demás no es sino una sombra.

Veis de este modo borrarse de una pluma da esa tradición de vida divina, que circulaba en todo el cuerpo, esa transmisión del derecho de la sociedad cristiana. En vez de esa iglesia galicana unida á las otras por una misma comunión de santidad, poder y libertad; en vez de ese extenso fundamento que aproximaba los pueblos hacia Dios en una organización sublime; en vez de tantas asambleas, provinciales, nacionales, generales, que comunicaban su vida al jefe y que recíprocamente sacaban de él una parte de su vida: en vez de todas esas cosas, ¿qué es lo que queda en teoría en el catolicismo de la Compañía de Jesús? —un viejo tremulo elevado sobre el pavés del Vaticano: todo se reduce á él, todo se absorbe en él. Si cländica, todo se viene abajo; si vacila, todo se conmueve; y después de todo, ¡á qué viene á quedar reducida esa Iglesia de Francia tan magníficamente celebrada por Bossuet? —un soplo basta para disiparla.

Quiere decir, que á despecho de sí mismos, ellos comunican la muerte á cuanto quieren eternizar; porque al fin, no podrá hacerse creer de nadie, que existan mas apariencias de vida cuando la vitalidad se encuentra en-

(1) *Juræ innatæ libertatis humanæ. Molina. Comment. p. 761.*

cerrada en un solo individuo, que cuando está diseminada por todo el universo cristiano. Quince siglos hacia que la cristiandad se había sometido al yugo espiritual de la iglesia, imagen de la sociedad de los Apóstoles; pero ese yugo no les ha parecido bastante, y han querido doblegar el mundo entero bajo la mano de un solo dominador. Mis palabras son aquí demasiado débiles: voy á valerme de las de otro. Ellos han querido—y esta es acusacion que les echó en cara el Obispo de Paris en pleno Concilio de Trento—«hacer de la Iglesia de Cristo, una prostituida á los caprichos del hombre.» Y he aquí tambien porque el mundo cristiano, jamás le perdonará esto. Pudo olvidarse con el transcurso del tiempo una guerra hecha abiertamente, las mismas máximas de una falsa piedad, ó los estrategemas de detalle. Pero atraer de un solo golpe al espíritu humano hasta una emboscada, llamarlo, acariciarlo en nombre de la independencia interior y del libre albedrío, y precipitarlo sin demora, en la servidumbre eterna, es esto una empresa capaz de sublevar á los espíritus mas sencillos. Como no tiene por fin un país particular, sino que envuelve á la humanidad toda ella, la reprobacion no se encuentra en un pueblo, sino en todos: y para explicar un castigo universal es necesario que haya habido un crimen universal.

Han intentado sorprender la conciencia del mundo, y el mundo les ha respondido. Cuanto en 1606 fueron arrojados de una ciudad esencialmente católica, de Venecia, ese pueblo el mas apacible de la tierra los acompañó en masa hasta la orilla del mar, les lanzó sobre las olas este grito de adios: ¡Idos, malditos! Anda in malora! Este grito ha sido repetido luego en los dos siglos siguientes, en Bohemia en 1618, en Nápoles y en los Paises Bajos en 1622, en la India en 1623, en Rusia en 1676,

en Portugal en 1759, en Espana en 1767, en Francia en 1764, en Roma y en toda la faz de la cristiandad en 1773. Si en nuestros días los hombres, gracias á Dios mas pacientes dicen nada, no seria sin embargo prudente despertar ni estimular ese grande eco, cuançó del uno al otro confin de la Europa, las cosas gritan como en Venecia. ¡Idos, malditos! Anda in malora!

Tales son las observaciones que me propuso hacer acerca de las máximas fundamentales de la orden de Jesus: me he adherido á los principios, y he demostrado como la orden ha permanecido rigorosamente fiel á ellos en todas las épocas; como han habido dos hombres en la persona del fundador, un ermitaño y un político; como ha sido un hecho la dualidad de la piedad, y el maquiavelismo, que en su origen se ha reproducido en todo, en la teología por Laynez y Bellarmino, en el sistema de educación por el piadoso Francisco Borgia y el astuto Aquaviva, en las misiones por San Francisco Xavier y por los apóstoles de la China; en una palabra, por esa mezcla de la devoción de Espana y de la política Italia.

Hemos combatido al Jesuitismo en el orden espiritual. Pero esto no es bastante: velemos aun todos para no dejarlo penetrar en el orden temporal.

Es ciertamente ya un gran mal, el que haya entrado en la Iglesia; pero todo seria enteramente perdido desde el instante en que llegase á insinuarse en las costumbres y en el Estado; porque bien sabéis que la política, la filosofía, el arte, la ciencia, las letras, tienen lo mismo que la religión, un Jesuitismo que les es peculiar: en todas cosas, consiste en dar á las apariencias las señales de la realidad. ¿Qué llegaría á ser todo un pueblo que poseyese en la política todas las apariencias

del movimiento y de la libertad; ingeniosos rodajes, asambleas, discusiones, cheques de doctrinas y palabras, cambios de nombres, y que en medio de todo ese ruido exterior rodase perpetuamente en el mismo circulo? ¿no habria fundadamente que temer, que tantas exterioridades y apariencias de vida llegasen poco á poco á acostumbrarlo á no echar de menos el fondo de las cosas?

¿A qué se reduciria una filosofia que á toda costa quisiese enaltecer sus propios principios ortodoxos? ¿no habria que temer, que sin emplear todo el rigor de la teologia; llegase á perder al Dios interior? ¿Qué seria del arte, si para reemplazar el movimiento ingenuo del corazon, quisiese causar ilusion con el movimiento y la ostentacion de las palabras? ¿Que otra cosa seria todo esto, sino el espíritu del Jesuitismo trasportado al orden temporal?

Yo no digo que estas cosas estén ya consumadas; pero sí, que amenazan al mundo. ¿Y cual será el modo de precaverlas? En vosotros existe, en vosotros que poseéis la vida sin el calculo; conservadla en su primer origen pues no os ha sido dada sino por rejuvenecer y renovar el mundo. Bien sé que hoy se ponen en duda todas las ideas; mas tratad vosotros de no helar con demasiadas dudas vuestra vida, convencidos como debeis estar de que existen todavia en nuestro pais hombres decididos á llevar su conducta tan lejos como llevan su pensamiento. ¿Quereis que os diga cual es el medio mas seguro de luchar contra el Jesuitismo bajo todas sus formas? No consiste, en cuanto á mi, en discurrir en una catedra; todos puedeu hacerlo y mucho mejor que yo; ni en cuanto á vosotros, en escucharme con benevolencia. No, no son las palabras bastante en medio de los estrategemas del mundo que nos rodea. Es necesa-

rio sobre todo la vida; es necesario antes de separarnos, que juremos aqui, los unos por los otros, solidaria y publicamente, fundar nuestra vida sobre máximas diametralmente opuestas á las que he descrito, es decir, perseverar hasta el fin en en todo con la sinceridad, la verdad y la libertad; ó en otros términos, prometer conservaros fieles al genio de la Francia, que es á un mismo tiempo movimiento, fuerza, expansion, lealtad, pues en virtud de estas señales es como el extranjero os reconoce por franceses. Si faltase yo por mi parte á este juramento, que cada uno de vosotros me lo recuerde donde quiera que me encuentre.

Pero ellos dicen: vosotros que habláis de sinceridad, pensais en secreto que el Cristianismo está concluido, y no decis nada de eso. Enunciad por lo menos en medio de la confusión de creencias que domina en nuestros tiempos, por qué secta imaginais reemplazarlo.

Yo no he exagerado mis principios ortodoxos; no quiero exagerar tampoco el espíritu de sectario que gratuitamente se me quiere atribuir. Y ya que se nos pregunta, responderemos en voz alta. Somos de la comunión de Descartes, de Turenne, d' Latour d'Auvergne, de Napoleon; no somos de la religion de Luis XI, de Catalina de Médicis, del Padre Letellier, ni tampoco de la de M. de Mais ni aun de la de M. de Talleyrand.

Por lo demas, yo estoy tan distante de creer que el Cristianismo toca á su fin, que antes bien estoy persuadido que la aplicación de su espíritu no ha hecho sino comenzar en el mundo civil y politico. Bajo el punto de vista puramente humano, una revelación no cesa sino cuando ha hecho pasar toda entera su alma á las instituciones vivientes de los pueblos. En este concepto, el mosaismo abre 2aso á la palabra nueva, cuando despues de

haber penetrado por todas partes en la sociedad de los Hebreos, la ha amoldado á su imagen. Lo mismo puede hacerse del despotismo: llega su ultima hora inmediatamente despues que acaba de investir con su espíritu la antigüedad griega y romana.

Establecido esto, echad una mirada, no sobre los fariseos del cristianismo, sino sobre el pensamiento del Evangelio. ¿Quien pretendrá que esta palabra se ha encarnado toda ella en el mundo; que no es ya capaz de ninguna transformacion, de ninguna nueva realizacion; y que esta fuente está agotada por haber abreviado muchos pueblos y Estados? Observo el mundo y lo veo poseido todavia a medias por la ley pagana, ¿Donde esta en efecto la igualdad, la fraternidad, la solidaridad anunciad as?—acaso en las leyes escritas: pero las encontramos por ventura en la vida y dentro de los corazones?

Yo bien veo que la humanidad cristiana se ha modelado por la vida de Jesu-Christo. Tambien convengo que al traves de diez y ocho siglos encontraré á la autoridad moderna llorando y gimiendo en el desnudo pesebre de la Edad-Media; y que ademas hallaré en medio de tantas discordias de la inteligencia, las luchas de los escribas y de los fariseos, y bajo tantos dolores agudos y nacionales, la imitacion del caliz, y el hisopo en los labios de los pueblos azotados. ¿Pero á eso se reduce todo el Evangelio? ¿es esa la sociedad de hermanos unidos en un mismo espíritu, y la union, la concordia, la paz entre todos los hombres de buena voluntad; la aurora de la transfiguracion despues de la noche del sepulcro? y el Cristo triunfante sobre el trono de las tribus, no es tambien una parte del Nuevo Testamento? ¿Será preciso desde luego renunciar á la unidad y al triunfo, como á una falsa promesa? ¿No habremos de recoger del Evangelio mas

que la espada y la hiel? ¿Quien osará decirlo, á pesar de que son muchos quienes lo piensan?

Preparar las almas para conseguir esta unidad, esta solaridad prometida, tal es el verdadero espíritu de la educacion del hombre moderno. La Compañia de Jesus en su sistema aplicado al genero humano, no habia podido desconocer enteramente este fin, y es digna de alabanza á ese respecto. Pero la desgracia estuvo en que para conducir al mundo á la unidad social, ella comenzó como siempre por destruir la vida aboliendo en las almas la familia la patria y la humanidad. Apenas encontrareis pronunciadas estas tres palabras en sus constituciones y reglas, aun en aquellas que son meramente para los legos. Todo se agita entre el Orden y el Papismo. Confieso sin embargo que esta educacion abstracta, rompiendo cada uno de los lazos sociales, confundia cierta independencia negativa, que explica bastante bien la clase de aliciente que se encuentra en ella. Escapandose á la accion entonces severa, el hogar paterno, a la del Estado y del mundo, todo marchaba bien sin mas que satisfacer el Instinto. Lo que resultaba de semejante educacion no era propiamente hablando, ni un niño, ni un ciudadano, ni un hombre: era solo un Jesuita de hábito corto.

Por lo que á mi toca, no puedo comprender una educacion real que destruya esos tres focos de vida, familia, patria, humanidad; antes al contrario me parece indispensable hacerlos entrar para algo, segun su medida natural. Si el niño va educandose por grados en la plenitud de la vida; si la familia le comunica desde un principio y lentamente sus recuerdos, su tradicion, radicada en el corazon de la madre; si él ensancha luego esta primera llama extendiendola á su pais, á la Francia, que llega á hacerse para él una madre mas seria; si el

Estado tomándolo en sus brazos, forma de el un ciudadano capaz de correr á la menor señal á ponerse bajo su bandera; si desarrollando aun mas ese amor vivíscio, acaba por abrazar á la humanidad entera y á los siglos pasados con un religioso lazo; si en cada uno de estos diferentes grados, siente la mano de Dios, que lo dirige y que estimula su jóven corazon: hé ahí practicado un camino para llegar á la unidad; que no es una abstraccion, y en el que por el contrario, cada paso se halla marcado por la realidad y por los latidos del corazon. No es esto una fórmula, sino la vida misma.

El mayor placer que podriamos dar á nuestros adversarios, seria el de arrojarnos al escepticismo absoluto despues de habernos opuesto al fariseismo cristiano. Pero no somos adeptos ni del Jesuitismo, ni del Voltairianismo: busquemos en otra parte la estrella de la Francia.

Comencé mi Curso el invierno pasado tratando de prevenir á los que me escuchaban, contra el *sueño del espíritu* (1) en el spno de los placeres materiales. Debo concluir con una advertancia semejante. Por vosotros es sin duda por quienes debe medirse el porvenir de la Francia: pensad, pues, que ella vendrá á ser un dia, lo que ahora seais vosotros en el fondo de vuestros corazones. Si vosotros que os vais á separar para abrazar diversas carreras públicas ó privadas; que sereis mañana oradores, escritores, magistrados, qué sé yo; si vosotros á quienes hablo acaso por última vez, habeis sentido que mis palabras hayan despertado algun instinto, algun pensamiento de porvenir en vuestros corazones, no las considereis como un ensueño, como una ilusion juvenil que es necesario abandonar cuando debe aplicarse, esto es, cuando in-

terviene el interés. No renegueis de vuestra esperanza; no desmintais vuestros mejores pensamientos, es decir los que han brotado bajo la mirada de Dios, y mientras extraños á los intereses del mundo, ignorados y quizás pobres, os hallabais solos en presencia del Cielo y de la tierra. Rodeaos de un muro inaccesible á la corrupcion, por que fuera de este recinto os espera la corrupcion.

Velad sobre todo; porque de jandoes adorar por la indiferencia, los mensageros de muerte que os rodean, se apoderarán de vosotros insensiblemente. Seguramente que para descansar no basta haber trabajado tres días aunque sea bajo el sol de Julio, sino que tambien es necesario combatir, no en las plazas publicas, sino en el fondo del corazon y donde quiera que la suerte crea; es necesario combatir, con el corazon y con el pensamiento, para enaltecer y desarrollar la victoria.

¿Que agregaré? Agregaré algo que creo muy serio. En estas escuelas tan diversas y multiplicadas vosotros sois los favorecidos de la ciencia y de la fortuna: todo eso es accesible y os sonrie. Entre los objetos que se ofrecen á la curiosidad humana, podeis elegir aquél á que os sintais atraídos por una vocacion interior. Si quereis podreis tener todos los goces y todas las ventajas de la inteligencia; pero mientras que vosotros gozais sembrando generosamente en vuestro pensamiento un gérmen que debe desarrollarse, juantos espíritus jóvenes y sedientos de conciencia como vosotros se ven obligados por la mala fortuna á devorarse en secreto hasta apagarse por las necesidades no satisfechas de la inteligencia y del cuerpo? Quizá habria bastado una palabra para revelarles su vocacion, pero nunca oirán esa palabra. ¡Cuantos quisieran y no pueden, partir con vosotros el pan de la ciencia! ardientes como vosotros por el bien apenas pueden ganar el pan de cada dia, y no

[1] V. el Apéndice.

hablado de la minoria, sino de la grande mayoria. Siendo eso cierto, digo que en cualquier camino que sigais, vosotros son los hombres de esos hombres: que debéis hacer que redunde en utilidad, honor y mejora de su situacion y dignidad, las luces que vosotros habeis adquirido bajo mejor estrella; dijo que pertenecia á esa multitud de hermanos desconocidos, que contraeis aquí con el os una obligacion de honor, que consiste en representar y defender en todas partes sus derechos y su existencia moral, en allanarles en lo posible el camino de la inteligencia y del porvenir que para vosotros se ha abierto casi sin llamará su puerta

Distribuid, pues, multiplicad el pan del alma: esa es una obligacion que pertenece tanto á la ciencia como á la religion; porque seguramente hay una ciencia religiosa y otra que no lo es: una que como el Evangelio distribuye y difunde lo que posee, y otra que hace lo contrario, del Evangelio; que teme prodigar y diseminar sus privilegios, que teme

comunicar á muchos el derecho, la vida y el poder, que enaltece á los orgullosos y degrada á los humildes; que enriquece á los ricos y empobrece á los pobres: esta es la ciencia impia, la ciencia que deseamos.

Diré por ultimo una palabra mas. Esta lucha que quizás recién comienza, ha sido buena para todos, y doy gracias al cielo, por el papel que pueda haberme dado en ella; esta puede servir de instrucción á los que se hallan en estado de aprovecharla. Se creía que las almas estaban divididas, y entibiadas; que había llegado el momento de emprenderlo todo; pero apenas se ha patentizado el peligro cuando la chispa ha surgido y ha hecho de todos los hombres uno solo. Lo que aquí sucede por esta cuestión, podría efectuarse mañana en toda la Francia por cualquier cuestión en que el peligro fuese inminente. Que no remuevan, pues, mucho lo que llaman nuestras cenizas. Bajo esas cenizas. Bajo esas cenizas se oculta todavía un fuego sagrado que fecunda.

**Fin de las lecciones de MM. Michelet y Quinet.**

Proclamas de San Martín

Sebastián Láguerre